

Premio de **Crónica** Heriberto Fiorillo



Esta publicación es posible gracias a

CONVOCATORIA - 2023
**PORTAFOLIO
DE ESTÍMULOS**
DEL DISTRITO DE BARRANQUILLA

 ALCALDÍA DE BARRANQUILLA

Barranquilla, ISBN 978-628-96109-0-1

Premio de Crónica Heriberto Fiorillo
Del Portafolio de Estímulos del Distrito de Barranquilla
2023

Alcalde D.E.I.P de Barranquilla

Jaime Pumarejo Heins

Secretaria Distrital de Cultura y Patrimonio

María Teresa Fernández Iglesias

Autores

Raiza Jiménez Striedinger
Alfredo Leonardo Baldovino Barrios
Lusdary Yulithza Martínez Castillo
Adlai Stevenson Samper

Estilo

Nistar Romero Acosta
Antony Rada Carrillo

Diseño y Diagramación

Bernardo Campillo

Equipo de la Secretaría de Cultura y Patrimonio

Iván Movilla Díaz, Asesor de Despacho SDGP
Katty Melgarejo Gómez, Supervisora
Área de Medios Culturales Comunitarios
y Alternativos del PEDB 2023

Proyecto realizado a través de la Secretaría Distrital de
Cultura y Patrimonio.

**Barranquilla, Colombia
2023.**

Esta publicación es posible gracias a

CONVOCATORIA - 2023

**PORTAFOLIO
DE ESTÍMULOS**

DEL DISTRITO DE BARRANQUILLA

Beca para la creación y publicación de trabajos escritos en el género de crónica cultural, "Heriberto Fiorillo"

Entre la miasis y la esquizofrenia

Raiza Jiménez Striedinger

Entre la miasis y la esquizofrenia

"¿Qué obtienes cuando cruzas a un solitario enfermo mental con una sociedad que lo abandona y lo trata como basura?" Joker, 2019.

"¡Suéltenme, suéltenme!", grita la mujer, mientras dos manos enguantadas la sujetan con fuerza. En medio del forcejeo, alcanza a asestar dos patadas a un hombre de bata blanca. Aunque se sabe en desventaja, lucha por zafarse, como pez en la atarraya. Pero una vez se ve atada de manos y piernas a una camilla, se resigna. Es ingresada a un cuarto pequeño, y un vaho a alcohol anuncia que la aguja ya va a perforarle la vena. Esta es la escena recurrente cada vez que Herminia Babilonia, una prestigiosa diseñadora de modas diagnosticada con esquizofrenia, es ingresada a un hospital.

La caída de Babilonia

Herminia 'Mina' Babilonia era una bella muchacha, estudiante del Colegio Ariano, que se destacó, posteriormente, en el programa de Arte y Decoración de la Universidad Autónoma del Caribe. Poco tiempo después, forjó una exitosa carrera como diseñadora de modas y decoradora de eventos en Barranquilla. La vena artística palpitaba en varios ámbitos; pintaba cuadros, creaba adornos de Navidad y diseñaba vestidos que se hacían lucir en los clubes más exclusivos.

De manera inesperada, la mujer alegre que enseñaba a bailar a los muchachos de su cuadra se volvió callada, retraída, y perdió el apetito. Fue diagnosticada con esquizofrenia paranoide hace alrededor de 28 años, y, poco después, el fallecimiento de su madre complicó su condición. Su madre fue quien notó que, tras su semblante apesadumbrado, se ocultaba una enfermedad. No obstante, la entrega oportuna de su medicamento le permitía incorporarse a la vida social y desempeñar sus compromisos laborales. Solamente tuvo un novio, que residía en Cartagena, pero no llegaron a casarse. Tampoco tuvo hijos.

Su padre, Víctor Babilonia Orozco, fue un exitoso propietario de un negocio de mecánica diésel que se dedicaba a la reparación de barcos de carga, helicópteros y catapilas. Su holgada posición económica le

permitía poseer dos casas grandes en el barrio Riomar, que rentaba como negocio, y una en Ciudad Jardín, donde residía con su esposa, su hijo mayor Víctor Manuel, su nuera y la joven Mina. Era un hombre mujeriego y desordenado, y la mala administración llevó el negocio a la quiebra. Falleció por causas naturales hace seis años, y el duelo impactó de forma negativa el trastorno de Mina.

Víctor Manuel Babilonia también padece esquizofrenia, aunque no lo admite. Se rehúsa a medicarse, pero deambula desaliñado por la casa, es acumulador compulsivo y durante el toque de queda por la pandemia en 2020, atiborró la vivienda de objetos innecesarios. De su hermano Reinaldo no se sabe nada, porque se marchó del hogar después del deceso de su madre, y creen que ya murió; y Lucho, el otro hermano, padece cáncer de garganta y la quimioterapia le deterioró los riñones. Las enfermedades mentales parecen ser una constante en la familia Babilonia, pues tres primos, que viven en Puerto Rico, también tienen esquizofrenia, pero solo uno está medicado.

Víctor Manuel estuvo a cargo de Mina durante diez años de constantes trifulcas. Aproximadamente cada tres años, ella presentaba crisis a raíz de que no recibía su medicamento, pero se fue volviendo algo crónico. Hace ocho años, Víctor Manuel la amarró a la cama de bolillo a bolillo, preocupado de que se fuera para la calle a correr peligro, y los vecinos lo criticaron. Justo después de eso, Mina escapó y no regresó más. El otro motivo que la impulsó a marcharse de su casa fue la brujería que, según ella, le arrojaba su cuñada. Dice que nunca tuvo miasis, y que los gusanos fueron producto de la brujería que le realizó una conocida que le tenía envidia.

Anteriormente, Caprecom EPS le proporcionaba a Mina su medicamento a tiempo. Sin embargo, hace doce años, cuando Caprecom EPS dejó de existir, y la trasladaron a Comparta EPS, Mina llegaba a durar hasta tres meses sin recibir sus dosis. Los medicamentos eran costosos: hace diez años, cuando comenzó a desencadenarse el problema, la inyección antipsicótica mensual tenía un valor que rondaba los 900.000 pesos, aparte debía consumir cuatro pastillas diarias: la principal, que compensaba un tipo de ácido que su cerebro ya no producía naturalmente, la de dormir, la que aplacaba los nervios, y la que ayudaba a su estómago a digerir todo lo anterior.

Desesperada, Mina buscaba medicamentos y ayuda económica entre sus amigos y familiares, pero no siempre recibía sus dosis completas. Hasta que cierto día dejó atrás su personalidad dulce, encantadora y refinada. Las manos que antes bordaban encajes y vuelos ahora empuñaban cuchillos y quebraban las costosas porcelanas que aún conservaba el hogar.

Llegó al punto de no ser consciente de su condición. Durante todo el tiempo que estuvo bajo estricta medicación, Mina sabía que tenía un trastorno y que debía convivir con él, pero la carencia de su tratamiento la convenció de que estaba bien. Histérica, escupía las valiosas pastillas que esporádicamente entregaba Comparta, y que su hermano Víctor Manuel le empotraba en la boca.

En los últimos cinco años andaba en la calle, pero era sencillo localizarla, dado que no dejaba el barrio. Una mañana, a la hora en que Mina se acercaba a casa a buscar el almuerzo, un olor putrefacto que emanaba de su abundante mata de cabello extrañó a su sobrino Víctor Ephanor.

"Mina, hueles a feo".

"A feo hueles tú, porque tú eres el que das el culo".

Fue la primera vez que Víctor Ephanor recibía un comentario ofensivo de parte de su tía, esa tía amorosa que no se separó de su lado hace 11 años, cuando rozó las fauces de la muerte luego de que la colisión contra un carro lo sentenciara a un coma de ocho días. Pero, fue cuando Mina se recostó en la terraza y dejó a su paso una estela de sanguaza, cuando Víctor Ephanor cayó en cuenta de que el asunto iba más allá de un simple humor fétido. Alarmado, llamó a Tica, la vecina y mejor amiga de Mina, quien se encargaba de proporcionarle alimentos cada vez que acudía a su casa, y de supervisar que recibiera los antipsicóticos que ella misma le inyectaba, aprovechando su profesión de enfermera.

Tica intentó en vano convencer a Mina de que se dejara revisar la cabeza, así que no hubo más remedio que recurrir a la fuerza, y entre tres carretileros, contratados por 20.000 pesos, consiguieron neutralizarla. Los alaridos de Mina retumbaban a una cuadra a la redonda, y Tica, tijeras en mano, procedió a cortarle el cabello. Cada mechón que caía al suelo era como una capa que hacía aflorar cada vez más la fetidez, pero Tica siguió

podando la cabellera ajada por el sol hasta toparse con una herida, nido de la miasis. Un baño que se extendió toda la tarde dejó un saldo de mil gusanos, de tres centímetros de largo cada uno.

La versión de Mina acerca de la herida es que le propinaron cinco tiros. "Lilia Candelar lo vio todo, pregúntale y te cuenta". Pero Tica coincide con Víctor Ephanor en que fue golpeada con una piedra tras uno de sus episodios de agresividad, y esa herida infectada se fue extendiendo hasta carcomer el cuero cabelludo.

La vi por primera vez el 16 de octubre de 2020, sobre la calle 84, en frente de los bares y estaderos. Lo que de lejos parecía un vistoso gorro rojo, resultó ser una herida con una perturbadora forma circular. El sol de las dos de la tarde abrasaba la circunferencia de carne expuesta, pero a ella no parecía importarle. Impávida, caminaba rumbo a la carrera 46, evitando, con inesperada precaución, el impacto de los carros que a esa hora congestionan la calle.

Esa misma noche, me dispuse a buscarla. Vendedores ambulantes, cuidadores de carros, repartidores de tiendas y una patrullera de Policía me informaron dónde la habían visto por última vez, pero no conseguí dar con su paradero. "Una loquita, sí, la vi que cogió por allá", era la respuesta casi unánime, acompañada de un dedo señalando un semáforo, un parque o una cuadra oscura. "Loquito" es el eufemismo coloquial aplicado para referirse a los pacientes mentales; el mismo diminutivo con que se denigra a las personas con discapacidades físicas: "el cojito", "el cieguito", "el mochito". Y cómo olvidar el clásico "tanta alharaca por unos loquitos" proferido por uno de los directivos de la Universidad Libre, cuando estalló el escándalo por la masacre en la que más de 50 habitantes de calle perecieron bajo la despiadada tranca de los vigilantes del Alma Máter. Aunque tampoco faltaron durante mi búsqueda quienes recurrieron a consignas de desprecio como "desechable" o "basuriega".

Finalmente, logré contactar a una funcionaria del Centro Regulador de Urgencias y Emergencias-CRUE, de la Alcaldía de Barranquilla, a quien debía dar aviso de la ubicación exacta de la mujer, para que un equipo capacitado para abordar pacientes mentales acudiera en su rescate. Las redes sociales me ayudaron a localizarla durante los días posteriores.

Recibí decenas de llamadas: me informaban que se encontraba bailando frente a una casa en Miramar; recostada frente al parque de La Electrificadora, fumando en la carrera 51B, o rondando por Villa Carolina. El 19 de octubre, un amigo y una conductora de moto la siguieron durante casi una hora, para no perderle la pista mientras arribaba el equipo del CRUE, pero el rescate no acudió en esa ocasión. Las llamadas seguían llegando. La señora era como un ente omnipresente que aparecía en puntos aleatorios de la ciudad, mientras que nadie daba crédito de cómo podía desplazarse a tales distancias sin manifestar dolencia alguna por su grave herida.

El 22 de octubre recibí un mensaje de la funcionaria del CRUE que me daba la buena nueva de que la señora ya había sido rescatada y que se encontraba recibiendo atención médica para su miasis (larvas de mosca), aunque no me especificaron en qué lugar. Me alegré, di gracias al equipo de la Alcaldía y a todos los ciudadanos que habían contribuido para localizarla.

Pero la alegría duró poco. Una semana después la vi vagando por la calle 44. La bata médica que llevaba se había reducido a una suerte de harapo azul, y podría apostar lo que fuera a que el gorro desechable ya había sido colonizado por los gusanos. Informé de inmediato a la funcionaria del CRUE, quien manifestó que la señora se había escapado y que no había posibilidad de retenerla en contra de su voluntad.

La resignación de verla a menudo caminar por la calle o en cadenas difundidas en Facebook o Whatsapp de personas intentando ayudarla se volvió una constante. Casi seis meses más tarde, el 22 de abril de 2021, vi en redes sociales a un indignado joven, quien, desobedeciendo la orden de no grabar desde las instalaciones del Hospital Barranquilla, reclamaba que a su tía no le habían prestado atención médica, apuntando la cámara hacia el cráneo supurante y ensangrentado de una mujer. El joven era Víctor Ephanor Babilonia.

Calle 5 estrellas

Herminia es pequeña y menuda, habla con dulzura la mayoría del tiempo, aunque por momentos dice palabras que harían abrir la boca a un cuentachistes del centro. "La habíamos bañado y la pusimos bonita",

cuenta entre risas una enfermera, “pero se quitó la ropa limpia, la tiró y se puso la sucia. Después me correteó con una escoba”. Herminia constata que no le gusta la ropa barata ni ajustada, por eso prefiere mantenerse fresca con pantaloneta y camisilla de hombre. Cubre su cabeza con un gorro de tela morado, prestado por Patricia, la coordinadora de enfermeras, pues insiste en que los de oruga le aprietan.

Hoy su herida no se encuentra supurando, y se ha tomado juiciosa todos sus antibióticos y medicamentos para el dolor. Es la tarde del 23 de junio de 2021; curada ya de la miasis, desde hace tres meses disfruta de pasar la tarde en el patio del Hospital Barranquilla porque detesta estar encerrada. Desde que le permiten tomar la siesta en las bancas exteriores, su salud y estado de ánimo han mejorado, pero, eso sí, debe cumplir la condición de portar el gorro quirúrgico en todo momento. “Me levanto temprano, me baño sola porque no me gusta que me estén viendo, salgo al patio y lo barro, aunque se llena rápido de hojitas. Lavo mi ropita y mi gorro y los pongo a secar al sol”, cuenta.

Herminia afirma que ella no deambulaba en la calle sin rumbo, sino que estaba cumpliendo una misión. Su misión, según su mente que divaga en el abismo de lo inverosímil, era la de ayudar a todo el mundo. Dice que dejó su hogar para buscar sustento, trabajaba y cobraba para tender la mano a quien lo necesitara, principalmente a niños que anhelaban comprarse cositas, como también a remediar dolencias estomacales con bicarbonato en polvo o a donar neveras, equipos de sonido, licuadoras y televisores. Amante de la intemperie, recalca que allí entre cuatro paredes no hace nada, y que necesita salir para ayudar.

Nunca tuvo hambre en la calle, ni pasó un día sin comer. Disfrutaba de pizza, arroz chino, pan caliente con gaseosa, y reposaba abriendo un paquete de cigarrillos. “La gente era chévere conmigo”, señala. Para tomar la siesta o pasar la noche, se acomodaba en las terrazas más bonitas, no gustaba de sitios demasiado ruidosos o sórdidos. “Me dormía más rico en las terrazas, pero eso sí, yo jamás iba a dormir en la calle”, expresa.

El sol inclemente no la molestaba, y en vez de sofocarla, le encantaba y la recargaba de energía para sus extensas jornadas de caminata, “a mí me duele la herida aquí, me hace sufrir mucho, pero allá

afuera no duele nada. Yo me curo a la intemperie”. Los aguaceros tampoco eran inconveniente para ella; bastaba con buscar una casa que tuviera alero para refugiarse. Nunca se enfermó, ni siquiera de un resfriado.

Para bañarse, aguardaba la complicidad de la madrugada y acudía a una bomba de gasolina ubicada en la calle 79, cuyo baño permanecía sin cerrojo. Cuando nadie la veía, se aseaba y se cambiaba ropa, pues a menudo, en la calle, le obsequiaban prendas en buen estado. No obstante, no todo el mundo fue gentil con ella. Una vez, le compró una sopa de mondongo, una gaseosa y un paquete de cigarrillos a la propietaria de una tienda, pero el esposo de la mujer se disgustó con su presencia. La reacción de Herminia fue desbaratar la tienda completa. En otra ocasión, en el parque Sagrado Corazón, un transeúnte le tiró un perro para que la atacara, pero, inexplicablemente, el animal la olfateó, y la dejó ir.

La consentida del Hospital Barranquilla

Cierto día, en el Hospital Barranquilla, Mina se levantó en la mañana de un humor nefasto, porque se topó con un pañal desechable bajo su bata de dormir. De un tirón, se deshizo de la prenda y la arrojó varios metros al frente, casi golpeando a un inoportuno caminante.

En otra ocasión, arribó al Hospital Barranquilla otra mujer de apellido Babilonia, con el mismo diagnóstico de esquizofrenia paranoide. “¿La conoces?”, preguntó Patricia, pero la inocente pregunta causó una reacción inesperada en Mina.

“¡Qué vas a ser Babilonia tú, tan fea! ¡Nosotros estamos contados!”, encendida en cólera, Mina se dispuso a atacar a la nueva paciente, quien no se quedó atrás y le hizo frente con los puños en alto. Patricia alcanzó a separarlas antes de que el pasillo principal del hospital se transformara en un ring de lucha libre.

Un problema frecuente es la hora del baño. La mitad de las veces toca por la fuerza, porque si Mina no se asea, se le acercan las moscas y vuelve la miasis. Pero hoy está radiante y de buen humor. Acaba de recibir una donación de ropa, y sus comentarios demuestran que su afilado sentido de la moda prevalece: “esta camisa de tul se usa con un top

básico debajo”, “esta es una prenda unisex”, “esta blusa funciona de noche si se combina con pedrería”. Con una camisa de botones anudada al frente y un pantalón holgado a rayas, desfila de un lado a otro como una modelo en pasarela.

Desde que sellaron con cemento la ventana que fungía como vía de escape, no ha podido ceder al magnetismo de la calle. Y desde que los funcionarios conocen sus mañas de escapista y revisan las ambulancias y carros fúnebres antes de que crucen la reja del hospital, Mina ya no los usa como escondite.

Por su parte, Víctor Ephanor reconoce que, aunque en un comienzo arremetió contra el Hospital Barranquilla, actualmente están cuidando bien de Mina. Ella es la consentida de Patricia, quien le patrocina sus gustos en la cafetería, y todos los enfermeros se ríen de sus ocurrencias, como entrar a la oficina de Patricia bailando salsa.

Sin embargo, tanto Patricia como Víctor Ephanor son conscientes de que el Hospital Barranquilla no es el sitio idóneo para ella. “Debería estar en una clínica más avanzada, y recibir una atención integral que abarque la parte biológica y mental”, asevera Patricia. Añade que, una vez, le dieron un medicamento psiquiátrico, pero, al no contar con un especialista, Mina quedó en un sueño tan profundo que se orinaba encima. “A veces Mina bota su medicamento psiquiátrico, no sabemos cómo manejar la situación porque no contamos con un especialista que se lo suministre”, apunta.

Las salas del Hospital Barranquilla permiten la estancia de 10 a 15 pacientes, pero tienen claro que Mina llegaría allí a sembrar el caos. Por eso la ubicaron en Urgencias, donde los pacientes pueden entrar y salir a voluntad. Patricia explica que eventualmente pueden dar a Mina de alta, y que ella reciba un tratamiento en casa que implique lavados con agua y jabón para evitar la humedad de la herida. Incluso, sostiene que ella misma se podría bañar si se le garantiza su tratamiento para la esquizofrenia. “Ojalá ustedes tuvieran una casa con patio donde ella no se sienta como un animal enjaulado”, menciona. Sin embargo, Víctor Ephanor no se atreve a realizarle curaciones a un cráneo expuesto y le aterra que los episodios de agresividad cuando se rehúsa a tomar su medicina pongan en riesgo la integridad de la familia: “ella es capaz de tirarme un cuchillo, una piedra o un jarrón, y matarme de un golpe”.

El 29 de mayo de 2021, en medio de lágrimas y abrazos, Patricia y su equipo de enfermeros despidieron a Mina, porque la iban a trasladar al Cari. No obstante, el traslado no tuvo lugar, porque el Cari no puede recibirla mientras siga presentando la herida. “Le estamos tratando la infección de los injertos con antibióticos intravenosos de 7 a 10 días y ella se deja. No sé si el Cari está esperando que le vuelva a salir cabello para recibirla, porque eso no volverá a pasar”, señala.

Cuando el día está tranquilo, Patricia tiene tiempo para conversar con Mina en su oficina o en el patio. Pero cuando empiezan las rachas de heridos, sobre todo en días de partidos, quincena, o fiestas patronales, Mina se queda sola. “Nosotros la atendemos con mucho cariño, ojalá hubiera más acompañamiento familiar, sobre todo en fines de semana que ella lo necesita. Considero que Comparta debería apersonarse más, y enviar trabajadoras sociales para que vean la situación”. Con la mirada resignada, pero sonriente, muestra en su celular un video de Mina bailando y cantando en su oficina.

Un sobrino, toda la responsabilidad

Los empleados del hospital Barranquilla tienen identificado el vehículo de Víctor Ephanor, un Mazda Allegro modelo 98. “Ahí llegó el sobrino de Herminia, el del billete”, suelen murmurar cuando ven el carro verde menta atravesando la reja del parqueadero.

La realidad es opuesta, ya que la pandemia atacó con fiereza los bolsillos del joven, debido a la cancelación de los eventos sociales que eran la fuente de su subsistencia. Aunque tiene nombre de astro del fútbol, de niño solía acumular bajo la cama los balones que le regalaba su padre, y prefiere las brochas de maquillaje. Heredó la vena artística de Mina; antes de la pandemia se desempeñaba como maquillador y decorador de eventos, y su mano transformadora de rostros y espacios era muy solicitada en Barranquilla.

Es el único familiar que responde por Mina. Su padre Víctor Manuel se gana unos pocos pesos trabajando como taxista tres veces a la semana, en un carro prestado. Su madre es ama de casa, y no devenga ingresos. Su hermano Iván René se desempeña como repartidor en una farmacia con un horario exigente, y tiene a su cargo a su esposa y dos

niños. Por la carencia de una buena red familiar, su abogada de confianza le recomendó poner una tutela al estado, en la que involucró a la Alcaldía y a Comparta EPS, y el caso también se encuentra en Supersalud. “Lo de mi tía ya es un problema de salud pública”, asevera.

Mientras que en el Hospital Barranquilla le indican que un familiar debe acompañar a Mina las 24 horas, Víctor Ephanor debe salir a rebuscarse, pues trabaja de manera independiente, y, aunque su agenda de clientes no tiene la misma afluencia de antes, en ocasiones lo llaman de imprevisto en horas de la noche para realizar un maquillaje o peinado. Cuando sus ingresos se lo han permitido, ha contratado a una auxiliar para que acompañe a Mina los fines de semana.

Humberto Mendoza Charris, el Secretario de Salud del Distrito de Barranquilla, es enfático al afirmar que la condición de Herminia Babilonia se debe al abandono familiar. Sostiene que, desde hace tres años, se viene tratando su patología en el cuero cabelludo, de una manera interseccional que involucra a Comparta EPS, la Personería, Gestión Social y la Secretaría de Salud. “A la paciente se le prestan los servicios de salud física y mental en la red pública Hospital Barranquilla y Hospital Cari, pero al reincorporarla a la vida cotidiana, se evidencia el abandono familiar. A eso se debe la reincidencia del cuadro clínico.”

Menciona que las entidades públicas siempre apoyan casos como el de Herminia, incluso a expensas de que la patología mental ha llevado a que los profesionales de la salud que laboran en urgencias médicas resulten agredidos. Según sus palabras, el expediente de esta situación enumera ocho agresiones, entre físicas y verbales. Pero se enfoca principalmente en las obligaciones que, según él, evaden los Babilonia. “La paciente tiene familiares en condiciones de apoyarla, pero no asumen la responsabilidad. Si fuera un caso de situación económica precaria, se le atendería con manutención y alimento, y la familia estaría exenta, pero no es la situación.”

Por su parte, Víctor Ephanor asegura que el hecho de vivir en estrato 4 en el barrio Ciudad Jardín no es sinónimo de buenos ingresos. “Me gustaría que alguien de la Alcaldía visitara mi casa para que se dieran cuenta de que no es grande ni lujosa”. En efecto, la vivienda es pequeña; Víctor Manuel la adquirió tras la repartición de ganancias que dejó la casa grande heredada.

Este apartaestudio tiene plásticos en las ventanas para impedir que se cuele la lluvia, pues Mina quebró todos los cristales. Solo había una habitación al principio, pero la sala fue adaptada como una más. Un cuarto es de Víctor Manuel y su esposa, y el otro, lo compartían Víctor Ephanor y Mina; ese reducido espacio que ella detestaba porque debía permanecer en la cama durante horas. Acostumbrada a la casa grande en la que residió durante más de 20 años, la estancia de la familia Babilonia no era de su agrado. “Era chiquita, no había sala ni nada, tenía que estar acostada todo el tiempo”, es la queja habitual de Mina.

En la terraza hay un guacal que rebosa periódicos viejos y cachivaches amontonados por Víctor Manuel. En el primer piso hay un puesto de comidas rápidas, cuya carpa quedó rasgada después de que Mina se arrojara por la ventana.

“Una vez me desperté en la madrugada y Mina estaba viéndome fijamente a la cara; me asusté tanto que la aparté de un empujón. Y una noche me desesperé tanto por sus gritos de que quería irse que la saqué a la calle” recuerda Víctor Ephanor, y prosigue a cavilar sobre cómo va a pagar la revisión técnico-mecánica de su entrañable carro verde menta, resguardado a la sombra de un árbol de almendra.

Entre la miasis y la esquizofrenia

El hecho de que en una sola cabeza exista exposición de cráneo y un trastorno psiquiátrico dejó a Mina sumida en un limbo abrumador. La infortunada dualidad complica su tratamiento en centros médicos y centros de salud mental, por igual.

El viacrucis abarcó varias veces la empresa aliada a Comparta, el Centro Médico Cognitivo Investigativo. Hace unos cinco años, cuando Mina no tenía la herida de la cabeza, estuvo seis meses en lista de espera, pero nunca halló camas disponibles en ninguna de las dos sedes. Por tal razón, Mina volvió a su condición de habitante de calle, y fue en esa ocasión cuando sufrió la herida en la cabeza.

Hoy en día, el Centro Médico Cognitivo Investigativo manifiesta que no maneja biológicos. El funcionario Camilo Sánchez, explica que la empresa solo trata trastornos de salud mental, como esquizofrenia o

drogadicción. Señala que cuentan con una médica encargada, que analiza al paciente remitido, y si se descarta alguna patología orgánica, se procede con los exámenes de ingreso.

El Hospital Mental Departamental Cari de Alta Complejidad, según cuenta Víctor Ephanor, manifestó la última vez que ya no podían recibir a Mina porque tenía más de 62 años, a pesar de que no tenía aún la herida. Ni siquiera los contactos que Tica movió allí funcionaron para que la ingresaran. Por su parte, funcionarios del Cari cuentan que la vez que llegó en la ambulancia no pudieron recibirla por tener el cráneo expuesto, ya que solo se dedican a tratar trastornos mentales. La psiquiatra del Cari, Astrid Arrieta Molineras, manifiesta que no hay un límite de edad, y que Comparta EPS es la encargada de gestionar su remisión al Cari, una vez curada su herida. Mina se emociona al recordar su paso por esta institución: “Yo quiero ir al Cari. Allá veía televisión y no me inyectaban”. Por su parte, Víctor Ephanor luce un semblante agobiado: “Ahora se agarran de la herida, pero antes era la edad. Figúrate tú. Se irá a quedar toda la vida en el Hospital Barranquilla, porque no le veo salida a esto”.

En 2018, a través de Comparta EPS, Mina fue remitida a un hospital de tercer nivel en Montería, donde recibió el injerto. Duró cuatro meses internada y allí recibió un cuidado completo que abarcó al equipo de cirujanos, un psiquiatra y una nutricionista. “Valoro la atención de Comparta, pues gestionó el injerto”, apunta Víctor Ephanor.

A su regreso, Tica tramitó su ingreso al asilo del barrio La Unión de Barranquilla, organizando una colecta mensual de 700.000 pesos entre todas las amigas de Mina. El asilo la aceptó porque era paciente psiquiátrica medicada, pero solo permaneció ocho meses allí, pues Comparta EPS se retrasó en la entrega del medicamento. “Vengan ya por la señora Herminia o la tendremos que sacar a la puerta”, fueron las palabras de un funcionario del asilo, que tuvo que intervenir en varias ocasiones cuando Mina agredía a los demás ancianos. Así se desencadenó otra crisis, Mina volvió a la calle y el tan anhelado injerto se carcomió hasta abarcarle la oreja.

A mediados del 2019, fue ingresada al Hospital Metropolitano, donde recibía atención médica para el injerto infectado, y contaba con el apoyo del pabellón de psiquiatría. Sin embargo, cuando el Hospital Metropolitano cerró sus puertas definitivamente en 2020, fue remitida a la

Clínica Centro, pero esa misma noche se escapó.

Erny Zuleta es el director de Fundamar, una entidad sin fines de lucro que se especializa en mejorar las condiciones de vida de los habitantes de calle en Barranquilla, y que conoce muy de cerca a Mina. En varias ocasiones, Fundamar le proporcionó alimento y resguardo. Afirma que absolutamente todos los habitantes de la calle presentan algún tipo de patología mental, a pesar de que no todos hayan sido valorados por un psiquiatra. “El solo hecho de andar descalzos y sucios ya es un síntoma claro. Según el DANE, hay 2231 habitantes de calle en Barranquilla, pero nosotros sabemos que la cifra es mayor”, afirma.

Considera que el núcleo del problema no está en que en los centros mentales no reciban a Mina por la herida, o en que en los hospitales se dificulte el manejo de su esquizofrenia. Opina que, aunque el ingreso a un hospital que abarque todo de manera integral sería un valioso avance para ella, no es suficiente para garantizar su reintegro exitoso a la sociedad. “Lo primordial es mirar a los habitantes de la calle como seres humanos y abordarlos desde el amor, sobre todo porque han experimentado falta de empatía y rechazo”.

Según cuenta, en la mayoría de los casos, los médicos tienen claro que, al cabo de un par de meses, sus pacientes ya estarán de nuevo en la calle. Para él, una alternativa para apaciguar la problemática de enfermos mentales deambulando por las calles es que la Alcaldía invierta en instituciones como la suya. “Pienso que la Alcaldía debería apoyar a entidades como Fundamar, ya que son veinte años de ser una empresa legalmente constituida, y tenemos pleno conocimiento del manejo de habitantes de la calle”.

Por otra parte, Alexandra Leiva, auditora de Comparta EPS, aclara que no tiene potestad sin orden médica de solicitar un traslado para Mina a un hospital de tercer nivel, con personal capacitado para asegurar la ingesta del medicamento psiquiátrico. “Todo lo que ella recibe en el Hospital Barranquilla lo asume Comparta. La clínica tiene la responsabilidad de comunicar formalmente a la EPS que el paciente requiere la remisión a un centro de mayor complejidad”, explica.

Así mismo, menciona que la condición de habitante de calle de Mina dificultaba la entrega oportuna de sus medicamentos, porque era

difícil localizarla. Aunque no está claro por qué hace diez años, antes de vivir en la calle, dejó de recibir el medicamento a tiempo, Leiva afirma que “estamos para apoyar a Herminia, pero si la remiten desde el Hospital Barranquilla al Cari, allí no le van a atender la parte orgánica, puesto que los gusanos se comieron gran parte del cuero cabelludo”. Según recuerda, a pesar de que Comparta EPS rescató a Mina de la calle y gestionó el injerto, fue imposible ingresarla al Cari de Alta Complejidad en ese momento, porque ella se escapó y no pudieron localizarla.

Hoy, 4 de julio de 2021, Víctor Ephanor llegó al Hospital Barranquilla para sorprender a Mina en su cumpleaños número 65, con un pudín de chocolate, postre de tres leches, globos y bolsas de regalo, una de las cuales, tras un minuto de descuido, se extravió. Un gorro negro cubre la cabeza de la homenajeada, mientras las enfermeras le cantan el ‘Cumpleaños Feliz’. En este momento, es incierto dónde apagará las velas la próxima vez.

Una nueva primavera

Mina estuvo cuatro meses en Medellín gracias a la gestión de Comparta EPS; el clima la amañó y contribuyó a que su herida permaneciera seca. Tras una reunión en el Hospital Barranquilla, en la que participaron funcionarios de la Alcaldía, la Personería y Comparta EPS, se definió su ingreso para el 24 de julio de 2021 al hospital de tercer nivel Remy IPS, donde recibía comida seis veces al día. Una tarde, Tica la llamó a saludar, y Mina le dijo que no era Tica sino Patricia, y que vivía en el Putumayo. Un regaño de Tica bastó para que volviera a reconocerla.

Tras el cierre de Comparta EPS, Mina volvió a Barranquilla. Es 4 de julio de 2023, y el Club Senior Casa Ana Delia, donde recibe lavados quirúrgicos y tratamiento psiquiátrico, está de fiesta. Mina está rodeada de sus amigas, con las que se la pasa echando cuentos; otra vez anda pendiente de usar aretes, se maquilla y sonríe coqueta.

Beca para la creación y publicación de trabajos escritos en el género de crónica cultural, "Heriberto Fiorillo"

Café, con aroma de mujer

Alfredo Leonardo Baldovino Barrios

Tres cuadros una consigna: vender o vender

Uno

6 p.m. del lunes 3 de abril de 2023. Johana Núñez y su hermana Edymar juntan sus manos en actitud de rezo para pedir que deje de llover. Miran al cielo agujereado y luego lo hacen entre ellas mismas sin pronunciar palabra, sin reírse, como lo hacían la tarde que las conocí, cerca de una panadería. Johana tiene 26 años y Edymar 19. No hay un solo atisbo de luz en el cielo y aún tienen dos termos de tinto por vender en el morral que cargan a sus espaldas, aparte de los que llevan en las manos. Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre.

El señor que les había dado alojamiento en su apartamento, desde hace más o menos un mes, cuando llegaron a Barranquilla, les dijo que tenían que mudarse pasado mañana y aún no han logrado reunir el dinero para hacerlo. Además, Johana dejó a sus tres hijos en Punto Fijo, su ciudad natal, en espera del primer sobre de dinero que les prometió, antes de cruzar la frontera, por los lados de Maicao, al igual que los dos hijos de Edymar. En la tregua que la lluvia le concede a la ciudad, abandonan el saledizo de la casa en que han estado guareciéndose, cerca de la gasolinera 'La Estrella', como quien salta al campo de batalla con la espada desenfundada. Vender o vender: esa es la consigna.

Dos

Viernes 15 de abril de 2023. Ha dejado de llover, después de un aguacero intermitente, con impetuosas arremetidas y súbitos decrecendos. Con la tenue llovizna que sigue cayendo, a estas horas de la tarde, queda un rastro de melancolía en el cielo que se transmite a los rostros de los viandantes. A Franchesca Gutiérrez y a Winney Escalona les resulta imposible pasar desapercibidas entre el enjambre de tinteros y tinteras que pasan en todas direcciones por los alrededores de la gasolinera 'La Estrella': la primera, de 19 años y de una delgadez que contrasta con la imagen esbelta de la foto que me mostró hace días, tiene un embarazo de cinco meses y una niña dormida entre los brazos; la segunda, de 27 años, está acompañada de Oswally, su pequeña hija de cinco años y de su hijo de tres. Es la primera vez que salen a vender café desde que llegaron a la ciudad, dos semanas atrás, acompañadas de sus esposos, y se les nota desorientadas, con un rostro de contenida preocupación ante

la posibilidad de devolver el termo que les prestaron sin haberle sacado la ganancia. A pesar de ello, volver con las manos vacías al conventillo en que se encuentran instaladas, no es una alternativa. Miran hacia un lado, miran hacia el otro y se echan a andar por la acera mojada abordando a los transeúntes que se cruzan en su camino.

Tres

Sábado 16 de abril de 2023. Flor Fernández, 33 años, contextura delgada, labios untados de carmín y gorra negra, acaba de comprarle el desayuno a su hija Carla, de siete años, en una tienda cercana a la Terminal de Transportes, y luego la manda a resguardarse, a cuadra y media de allí, en el apartamento en el que vive arrendada desde hace dos meses. Su hija mayor, Carly, de 13 años, la acompañará esta mañana a vender café, como lo ha venido haciendo durante las cuatro semanas que lleva en Barranquilla.

El día es luminoso, fresco, perfecto para desocupar los diez termos que se han propuesto vender en las tres salidas habituales. Mientras franquea la entrada de un lavadero de automóviles cercano a la gasolinera 'La Estrella', Flor piensa en los zapatos converse que quiere comprarse, se ve con ellos puestos, incluso, combinándolos con una nueva blusa, pero dice adiós a la idea cuando recuerda que en dos días deberá llevar a sus hijas de vuelta a Venezuela para que se reintegren a la escuela y que, por ahora, debe obrar con el sentido común. Pero no se deshace por completo del anhelo, no lo deja ir, así como así. Por eso suspira, inclina el termo sobre el vasito plástico hasta llenarlo de un café almibarado y se lo alarga al hombre de manos rudas, llenas de espuma, pensando que nada dura para siempre y que pronto, muy pronto podrá enfundar los pies en los converse nuevos y saltar con ellos, bailar con ellos.

Huyendo de la crisis

Los tres cuadros anteriores narran una misma realidad, con distintos matices: la de las mujeres venezolanas que llegaron a Barranquilla huyendo de la situación de su país y que encontraron en la venta de tintos una buena oportunidad para sobrevivir y enviarles algo de dinero a sus familiares. Fue una decisión desesperada, insólita, en muchos casos, de animal acorralado que apuesta por la única salida posible a la encrucijada: lanzarse al vacío con la esperanza de sobrevivir a la caída. No tenían familiares en la ciudad, como algunos de sus compatriotas con

raíces colombianas, y en el caso de Johana y Edymar, ni siquiera un amigo que les diera la mano mientras se las apañaban por sí solas. Se embarcaron en el viaje sin saber qué les esperaba del otro lado de la orilla, si el abismo o la gloria, pero no había otra alternativa. Era eso: saltar con los ojos cerrados, a la espera de un futuro mejor para ellas y para los suyos, o sucumbir a la desesperación total.

La situación de su país natal, coinciden todas, era insostenible. Antes no disponían de riquezas, pero tampoco sabían lo que era irse a la cama sin comer. Una economía dependiente del petróleo, que descuidó la inversión en otros sectores, se desbarrancó con la caída de los precios del crudo y una serie de decisiones gubernamentales desacertadas terminó por degenerar en una de las peores crisis económicas en la historia de Venezuela.

Y ocurrió lo indeseable: mientras los precios de la canasta familiar aumentaban de manera vertiginosa, el bolívar, la moneda nacional, se venía a pique. De esa manera, el sistema de importaciones, que requería el uso del dólar para traer materia prima, se hizo insostenible y empezaron a escasear productos básicos como el arroz, el aceite, o el azúcar. Para acceder a ellos había que hacer largas filas, una vez por semana, según el número de la cédula, a sabiendas de que apenas te dejarían llevar dos kilos de cada cosa y en un número restringido.

Cuando Johana y Edymar estaban en el país el sueldo mínimo era de, aproximadamente, 130.000 bolívares. Si querías conseguir alimentos, por fuera de los que regulaba el gobierno, los encontrabas a precios astronómicos: un kilo de azúcar, por ejemplo, costaba 15.000, uno de carne 25.000, un paquete de 10 pañales 55.000. En otras palabras, los productos que el gobierno proporcionaba no eran suficientes para abastecer a una familia y el sueldo se esfumaba de las manos cuando se recurría a medios ilegales para intentar rellenar los vacíos de la canasta familiar.

—Nos estábamos muriendo de hambre —afirma Johana—. Si desayunabas, no almorzabas, y si almorzabas, no comías.

—Hubo un tiempo en que solo comíamos arepas —recuerda Edymar—. Arepas en el desayuno, arepas en el almuerzo y arepas en la cena. Y eso, cuando se podía, porque más de una vez ni siquiera pudimos conseguir el cobre para la Harina Pan. Eso era lo que más me dolía, cuando mis hijos me preguntaban qué íbamos a comer y no sabía qué

responderles.

Franchesca y Wilenny aseguran que la gente empezó a enfermarse por consumir una yuca tratada con medios artificiales para acelerar su crecimiento. La escasez de productos llegó a tal punto que los hombres y mujeres trepaban a las ramas de los palos de mango hasta desplumarlos completamente para llevarle de comer a sus hijos.

—Al mango le llamábamos ‘pollo’ —bromea Wilenny—. Vos salías a la calle y veías a la gente comiendo puro mango. Cuando el mango se acababa en una zona los locutores anunciaban por la radio en qué otros sectores podían conseguirse más.

—Vos no podéi compra un celular en Venezuela porque quedái pelao —cuenta Franchesca—. Te costaba dos millones, lo que te ganabas en año y pico de trabajo. La cosa se puso tan dura que los gordos se pusieron como un palillo.

Flor, a quien la crisis no golpeó de un modo tan severo, cuenta que muchos niños iban a los basureros a recoger los huesos tirados de las carnicerías para limpiarlos e improvisar un guiso o una sopa.

—El otro día leí una historia en el periódico que me conmovió mucho. Se trataba de dos niños que murieron al comer unos huesos de marrano que su mamá había recogido de un basural. Como ese hay otros casos que muestran cómo se han puesto las cosas de un tiempo para acá en Venezuela.

Por estas y otras circunstancias, se fueron llenando de razones para salir del país. Un contacto en Facebook o un amigo que regresaba al país temporalmente, con las mejillas regordetas y las maletas llenas de regalos, les pintaba un horizonte promisorio en Barranquilla. Y se animaron. Malvendieron lo que pudieron, y pasaron del otro lado de la frontera. En un principio, algunas creyeron en la posibilidad de conseguir un trabajo estable, en una fábrica, panadería o restaurante, pero pronto advirtieron que las cosas no eran tan fáciles como creían por su condición de ilegales.

—Llegué a Barranquilla, gracias a un tío colombiano, después de haber aguantado humillaciones en Ecuador por ser venezolana —me contó una tintera cuyo nombre omito por petición suya—. Al poco tiempo de estar aquí empecé a trabajar en un establecimiento como cajera, recepcionista y oficios varios por \$30.000 diarios, de 7 a.m. a 7 p.m. Tuve que irme de ahí y buscar un empleo informal, porque me quedaron

debiendo tres semanas de pago. A eso se arriesga una aquí por no tener papeles.

Por otro lado, ninguna de las mujeres mencionadas más arriba ejercía oficios que pudieran tener demanda en Barranquilla. Johana llegó hasta segundo año de bachillerato y Edymar hasta primero. Franchesca no pasó de cuarto grado y Wilenny, aunque terminó su bachillerato, nunca ingresó a la universidad. Solo Flor cuenta con un título de Licenciada en Educación Integral, que no puede ejercer en la ciudad por no contar con la aprobación del Ministerio de Educación Nacional. La opción más plausible era la venta de café. Se vendía rápido, a \$500 el vasito, y los compradores no le daban mucha mente al hecho de apartar unas monedas del producido del día para comprar siete u ocho tintos a distintas vendedoras —lo mismo que se gastaba en una cerveza— con tal de ayudarlas. Y así, haciéndole honor al dicho que reza que “De grano en grano se le llena el buche a la gallina”, el tintinear constante de las monedas en las mochilas y canguros de las tinteras se traducía al final de la tarde en ganancias que podían llegar a los \$70.000 diarios, dinero que alcanzaba para sobrevivir en unas condiciones relativamente decorosas y para enviar a los familiares necesitados mesadas regulares que aliviaran sus afugias del momento.

Emilady Castro, 26 años, quien tiene un mes de estar en Barranquilla y se mueve sola en el perímetro cercano a la gasolinera “La Estrella”, logra hacerse hasta \$80.000 diarios. Después de haber cursado siete semestres de Relaciones Industriales en la Universidad de Zulia y de quedarse sin trabajo, se vino con sus propios termos de Venezuela atendiendo a los consejos de un primo suyo que ya estaba viviendo aquí.

—El primer día que salí me fue pésimo. Llegué a la casa y me puse a llorar. Pero no me rendí. Insistí y las cosas fueron mejorando. La semana pasada me compré un pantalón, una blusa y ropa interior. A mi mamá le he transferido \$250.000 que al cambio es un montón de plata, y el lunes le envié con la mujer de mi primo aceite, harina, arroz, pasta, atún, azúcar, y productos de aseo personal.

Hoy día, la venta de tintos es, junto a la de agua, una de las opciones a la que más recurren los venezolanos y venezolanas recién llegados a Barranquilla. Son tantos que la sola tarea de enumerarlos supone un reto incumplible, pues por cada dos que regresan a su país a llevar dinero a sus familias, aparecen muchos más en su reemplazo. Y tantos que es imposible que pasen desapercibidos ante la mirada del

observador más distraído. Y tantos que, aunque la mayoría está de acuerdo en tenderles las manos, han empezado a despertar sentimientos de xenofobia en otro sector de la población.

—Yo creo que eso se debe a que, como los familiares de algunos colombianos fueron tratados como perros al llegar a Venezuela, al encontrarse a un venezolano en Barranquilla en busca de ayuda, ven allí una oportunidad de desquite, como si tuvieran algo que ver con los otros —me contó Francisco Martínez, soldador profesional y cliente consuetudinario de las tinteras venezolanas—. O a que hay algunos a los que les dan la mano y se cogen todo el brazo, como los pelados que mataron a la señora de Malambo la otra vez. Pero no se puede medir a todos con la misma vara, ni pagar con mal a quien mal nos trata. Por lo menos eso es lo que pienso yo.

El antes y el después de la venta de tintos

Como lo saben los bebedores de tinto consumados, entre los cuales me incluyo, las plazas de tinteros en el pasado eran ocupadas exclusivamente por vendedores locales. Los estacionarios, que solían alternar la venta de café con la de minutos por celular, galletas y cigarrillos, pertenecían indistintamente a un sexo u otro. Los ambulantes, en cambio, eran hombres en su totalidad. Se trataba, generalmente, de vendedores que llevaban sus termos en el compartimiento delantero de una bicicleta, o en un cajón de madera similar al de los emboladores de zapatos, con espacio en ambos lados para acomodar los termos. Pero también había una tercera categoría: la de los vendedores y vendedoras semi estacionarios que podían permanecer largas horas en un mismo sitio y que, en cualquier momento, empujaban su carrito hacia otro lado. Allí ofrecían, adicionalmente, infusiones de toronjil, canela y limoncillo, Chocolisto caliente, café con leche, pan con mantequilla y cigarrillos a granel.

Los lugares escogidos para trabajar, por lo demás, estaban definidos. Los vendedores estacionarios se agolpaban en los alrededores de las clínicas, terminales de buses, intermediaciones de centros comerciales, estaciones de taxi, plazas de mercado, y cualquier punto donde hubiera una efervescente concentración de personas; los itinerantes, además de frecuentar los mismos lugares que los anteriores, recorrían calles, latonerías, talleres de mecánica, obras en construcción, y eran llamados con un silbido a la vuelta de cualquier esquina.

No era tan común verlos en los barrios populares, como a los vendedores de peto, raspado o limonada, probablemente porque los jóvenes que ocupan las esquinas en los momentos de ocio, no han sido, por tradición, sus clientes predilectos, o porque tintófilo que se respete tiene siempre un termo lleno en la cocina de su casa, con el punto de cafeína al gusto y el número de tazas que se le antoje. Así que podías asomarte a la esquina de tu casa y permanecer allí horas enteras, paseando la vista por los alrededores, sin que pudieras tropezarte con un solo tintero. Pero de un tiempo para acá el número de tinteros y tinteras es difícil de calcular.

Se trataba al principio de un puñado de hombres y mujeres con un perfil distinto al de los tinteros tradicionales, pues se imponía la presencia de mujeres, por lo general en parejas (madre e hija, hermanas, concuñadas, amigas, etc.), sin más recursos que las propias manos para exhibir los termos. Sin embargo, de un momento a otro aparecieron más y más y más y más y más tinteras, en una diáspora desenfadada que ha alcanzado dimensiones exorbitantes.

Según Dina Luz Pardo, directora de Asocentro, esta nutrida presencia de vendedores informales venezolanos en Barranquilla se hizo notoria desde octubre de 2016, cuando se inició un censo que permitió registrar alrededor de 350 vendedores extranjeros en la modalidad de 'maneros' (los vendedores itinerantes y semiestacionarios que ofrecen productos en las manos). La idea inicial era mantener un control del espacio público y resolver la situación legal de muchos de ellos, creyendo aún que era posible brindar unas mínimas condiciones laborales a aquellos, evitando así conflictos con los vendedores y la autoridad local.

Pero fue imposible. El dique fue demasiado frágil para contener la avalancha de inmigrantes que seguían llegando mensualmente en oleadas cada vez más gigantescas, al punto de que el problema se fue saliendo de madre por amenazar aquellas zonas del espacio público que con gran trabajo habían sido recuperadas por el distrito en cooperación con los vendedores locales.

—Lo que hemos visto es un desplazamiento de la informalidad local por los inmigrantes venezolanos que ya ha dado lugar a problemas de orden público —asevera Dina Luz—. No obstante, el gobierno central y el distrital parecen no ponerse de acuerdo sobre quién es el que tiene que asumir la responsabilidad frente a la situación. Sabemos que somos

países hermanos y que hay que brindarle ayuda a los que la necesitan, pero siempre bajo unas directrices institucionales. No obstante, la ciudad no tiene las herramientas para ponerle freno al fenómeno, ni la más mínima idea de cómo ayudar a los que ya están aquí, aunque hay algunos a los que les ha permitido el acceso al SISBEN.

Los lugares que más ocupan los tinteros y tinteras en Barranquilla son, principalmente, el Paseo Bolívar y la plaza de San Nicolás. En el municipio de Soledad, por su parte, cuya separación de la capital del Atlántico es más administrativa que geográfica, la Meca de los tinteros venezolanos es la Terminal de Transportes, por congregarse en sus inmediaciones, mecánicos, pintores, albañiles, empleados de ferreterías, marqueteerías, celadores de parqueaderos, lavadores de carros, latoneros, conductores de busetas, etc., una población eminentemente masculina que se constituye de lejos en la clientela por excelencia de las tinteras venezolanas.

En ese sentido, si la Terminal de Transportes es la Meca, la gasolinera "La Estrella", ubicada en la calle Murillo, sobre una de las dos entradas, viene a ser la Kaaba, la famosa piedra alrededor de la cual suelen caminar los musulmanes en sus peregrinaciones. Detenerse allí a cualquier hora del día implica para el observador enfrentarse al desfile interminable calle arriba y calle debajo de las tinteras venezolanas, como si la bomba de gasolina ejerciera una especie de atracción hipnótica sobre los vendedores, como si fuera el núcleo de una rueda alrededor de la cual necesitan moverse incesantemente. Fue allí donde entendí el sentido de las palabras del mototaxista que me llevó hasta ese lugar, en son de burla:

—Ah, bien —dijo—. Vas pa'l eje cafetero.

Opiniones divididas

Las opiniones de los tinteros locales, acostumbrados a ganarse el sustento diario en las cercanías de la gasolinera 'La Estrella', no son uniformes al respecto. Carlos Russo Loayza, 68 años, cabello blanco, gorra azul, y 27 años de estar vendiendo café en la zona, no está muy contento con la llegada de la competencia. Antes, en un día normal, podía ganarse 60 o 70 mil pesos diarios, sin sudar demasiado, pero ahora tiene que rodar el doble para ganarse apenas la mitad:

—Antes, el café se me vendía en un abrir y cerrar de ojos

—recuerda—. Ahora llega una venezolana pelándole el diente al cliente y con una lycra pegadita y enseguida lo convence. Además, muchas de ellas van con el doble negocio: sirven el café y al mismo tiempo le están preguntando que qué van a hacer más tarde, que cuándo salen a dar una vuelta. Con eso es muy difícil competir. Está bien que todo el mundo se deba rebuscar, pero tampoco así.

José Ramón Barriosnuevo, 58 años, bigote de cepillo, sombrero de paja, con más de diez años de estar vendiendo tintos en la acera opuesta, tiene una opinión diferente. Como todo, reconoce que algunas venezolanas se han inclinado por la vida fácil, pero asegura que no se puede generalizar.

—Todo el mundo tiene derecho a trabajar —añade—. Somos cristianos y tenemos que ayudarnos entre nosotros mismos. Es verdad que ahora ganan un poco menos que lo que me ganaba antes, pero igual me sigue alcanzando para sostener a mis cuatro hijos. Dios nos manda a todos un poquito y debemos saber cómo compartirlo.

Fernando Romo, por su parte, que cuenta ya 14 años de estar vendiendo tintos en el mismo lugar que los dos tinteros anteriores, antes se hacía \$70.000 y ahora, a duras penas, recoge \$40.000, desde las 4 a.m. hasta las 8 a.m. Pero lejos de renegar de la situación o de echarse a llorar, complementa el sustento diario de sus hijos vendiendo raspados por las tardes:

—Qué más puede hacer uno sino aceptar las cosas como se están dando —dice—. En todo caso, no podemos echar a esas mujeres, ni negarle el derecho a trabajar.

En lo que atañe a los clientes, la afluencia de tinteras ha generado otro fenómeno en los alrededores como lo es el cambio de hábitos alimenticios. Eder Jiménez, pintor automotriz, no se considera muy aficionado al tinto. Usualmente, se tomaba el que le servían en su casa por la mañana y no más. No se le iban los ojos cuando algún tintero pasaba por la calle como ocurría con algunos compañeros suyos, ni consideraba un ritual despedir la tarde con un vaso de café. Hoy, sin embargo, puede ingerir, sin predisponerse a ello, hasta 8 vasos diarios. El día en que lo entrevisté, por ejemplo, eran las 9 de la mañana y ya había apurado cuatro vasitos.

—Sinceramente, lo hago por colaborarles a las muchachas —admite—. A veces he tomado tanto tinto que prefiero darle los \$500 y

pasar en blanco. A otras les digo que traigan canela o limoncillo, cualquier otra cosa para variar.

Luis Carlos Villamizar, electricista, no era muy aficionado al café antes de que llegaran las tinteras venezolanas. No obstante, de unos meses para acá se suscribió, casi a su pesar, al gremio de los consumidores de café que medra en los talleres alledaños a la gasolinera “La Estrella” y su cuerpo no tardó en pasarle factura:

—El café me estaba matando —reconoce—, pues no había terminado de tomarme un tinto, cuando aparecía otra vendedora con el termo lleno. Llegué a mi casa con acidez en el estómago, después de haber almorzado, y un dolor que me hacía retorcerme en la cama.

Porque no sólo se trata de la cantidad de café que uno ingiere, sino también de cómo lo preparan: unas lo hacen muy dulce, otras agua’o, aquellos se pasan de la raya con la cafeína, y así no aguanta, compá’e. Uno tiene que saber a quién comprarle y en qué cantidad y yo mismo me estaba haciendo el daño.

Jesús De la Rosa, técnico en aires acondicionados, aunque suele manifestar el mismo sentimiento de solidaridad de sus compañeros, añade un motivo más para comprarles tintos a las mujeres que pasan por los alrededores: casi todas son bonitas y el solo hecho de hablar con ellas (ya se sabe el nombre de algunas, de dónde vienen y qué hacen cuando no trabajan) lo ayuda a romper, así sea por un breve momento, con la monotonía del trabajo.

—Eso sí —aclara limpiándose las manos con una toalla sucia a la entrada del local donde trabaja—, las cosas no pasan de allí.

José Pedraza, soldador, compra tintos sin reparar en si la venezolana es bonita o no. Sabe de hombres que tratan de aprovecharse de su situación, pero ese no es su caso. No es ajeno a la situación por la que está atravesando Venezuela —y cómo no, dice, si los noticieros colombianos hablan de ello todo el tiempo— y opina que la venta de café es una manera honorable de buscar el sustento:

—Hay tinteras que están en otro cuento —revela—, pero ese es su problema. Te sirven el tinto mirándote a los ojos a la espera de que tú les sonrías para soltarte la propuesta. En lo que a mí respecta, me cuido muy bien de no propasarme con ellas.

Jorge Pico, dueño de una ferretería, se toma como mínimo 10 tintos diarios. Cuando le pregunto por qué no le compró al venezolano que pasó hace un momento por la puerta de su ferretería mientras yo lo entrevistaba y sí lo hizo con la chica que llegó después, su respuesta fue tajante:

—Los hombres se pueden bandear solos. Que laven carros o tiren martillo y cincel. En cambio, con las mujeres ocurre algo distinto: son más frágiles y por eso hay que ayudarlas. Yo también tengo hijas, usted me entiende.

Fermín Bohórquez, un conductor de buseta oriundo de Santander, afirma que no puede vivir sin café. Cada vez que el trabajo se lo permite, estaciona su carro en un lugar y se toma un tinto grande. No obstante, solo les compra a las venezolanas cuando se trata de la última opción.

—Me parece que muchas van con la doble moral, tratando de metérseles a uno por los ojos y yo estoy muy viejo para eso. Usted acaba de ver que han pasado varias tinteras venezolanas y yo no les he comprado. Vaya uno a saber si tiene el marido en Venezuela echándose fresco en una mecedora y esperando a que ellas le manden desde aquí la platica que uno les ayuda a conseguir. Por eso he preferido comprarle a este señor, un colombiano al que conozco de hace rato y que necesita más que ellas. Yo no tengo nada en contra de las venezolanas, porque todo el mundo tiene el derecho a sobrevivir honradamente, pero las cosas son como son. Uno no puede pretender resolverle las cosas al vecino cuando ni siquiera ha podido solucionar las de la propia casa.

No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista...

Lunes 1 de mayo. Johana y Edymar llegaron retrasadas a la cita que apalabramos ayer en la gasolinera ‘La Estrella’. Johana llega maquillada y con una sonrisa que le atraviesa el rostro, y Edymar con un pasamontaña a rayas que le cubre el cabello. Tenía curiosidad por saber cómo habían hecho el día en que les pidieron desocupar la sala de la casa, y si, finalmente, se habían ido a dormir a la Terminal de Transportes como me lo habían anunciado. Nada de eso fue necesario, dice Edymar, pues hablaron con el celador de un parqueadero para que las dejara dormir en un camión. Podían darse por bien servidas ya que cerca de allí, sobre el puente peatonal del barrio Las Moras, y sin las mismas comodidades que tenían en la casa, estaban durmiendo varios venezolanos. Una muestra más de que Dios aprieta, pero no ahorca. Cuando el día clareó

consiguieron alquilar un cuartico aledaño a una llantería que hacías las veces de despacho por \$10.000 diarios.

—Es curioso —dice Edymar sonriendo—. El señor que nos alquiló el cuartico tiene Alzheimer, pero nunca se olvida de cobramos el arriendo. Pero lo bueno de todo es que por fin hemos logrado mandar algo de plata para la casa.

Miércoles 3 de mayo. Franchesca y Wilenny no han salido a vender café nuevamente, a pesar de que les regalaron un termo, cuatro onzas de café de café en sobre, un paquete de vasos y azúcar, para que tuvieran con qué defenderse. Les regalaron también un abanico y ropa para los niños y cuando se echaron a descansar al mediodía, bajo la sombra de un árbol, después de haber caminado por toda la Calle Murillo, una señora apareció de la nada y les entregó una taza con arroz, frijoles rojos, ensalada y un enorme pedazo de carne. Se quedaron sorprendidas porque en Venezuela esos gestos no son muy comunes y a decir verdad hacía rato que no comían carne.

—Si tú queréi masticar carne en Venezuela y ganas el sueldo mínimo, tenéi que mordéte la lengua —bromea Wilenny.

Cuando les pregunté cuál era la razón por la cual no salían a trabajar, si las condiciones estaban dadas para hacerlo, me dijeron que no tenían una estufa donde preparar el café, pues la que había en la casa donde se quedaban era de otra compatriota suya, no muy dada a compartir las cosas. Como quien dice, no hay cuña que más apriete que la del propio palo.

Miércoles 17 de mayo. La última vez que hablé con Flor, estábamos esperando a que abrieran un restaurante chino en el barrio Terranova para comprar medio arroz con pollo, después de haberla acompañado a vender unos cuantos termos de café. Si todo salía bien, dijo, tendría que estrenarse sus converse en menos de una semana. Después, vendrían otras cosas: más dinero para enviar a sus hijas y para comprarse ropa, y cuando todo mejorara y pudiera estar de regreso en Venezuela, empezar a recuperar todo lo que había perdido: su carro en perfecto estado y la libertad de comer lo que quisiera cuando se le antojara. Esta difícil racha no podía durar para siempre.

—Me gustaría pasar mis últimos días en Mérida —dijo—. Es un pueblo frío, con rosas por todos lados. Sería como vivir en el paraíso. Me veo pasando mi vejez allí, cultivando mis jardines y, viviendo del alquiler de mis habitaciones. No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista.

**Beca para la creación y publicación de trabajos escritos
en el género de crónica cultural, "Heriberto Fiorillo"**

Después de la rueda: Un ritual que lava el dolor

Lusdary Yulithza Martínez Castillo

El tiempo errante, el tiempo olvidado,
ya ceniza en el tacto de la nada,
regresa de sus límites perdidos
a mi reciente orilla,
y en la memoria de la sangre mueve
su paso de fantasma.

Meira Delmar

Cada primero de enero me pregunto lo mismo: ¿Qué es la rueda? Recuerdo las definiciones aprendidas en clase de geometría. No sé si era segundo o tercero de primaria. Cierro los ojos y oigo a la profesora decir:

– La rueda es como un círculo, niños. Puede girar sobre un mismo eje y cumplir con varias funciones mecánicas.

Esto debe ser la rueda. Pienso en la cumbia. Hago memoria y reconstruyo la figura de mi abuela. La veo cantarles a las tres gallinas que estaban en el patio. La contemplo barriendo al compás del viento las hojas secas del guayacán en la terraza. La diviso sacudiendo de su falda, la nostalgia impregnada de los coralitos. Esto debe ser la cumbia.

Yo no sé si mi profesora de geometría o mi abuela fueron a una rueda de cumbia. Seguramente, a la profesora nunca se le ocurrió ponernos el ejemplo de que la rueda podía darle ejecución casi que mecánicamente a una noche de alboroto. De haberlo hecho, quizás mi asombro no hubiese sido tan grande la primera vez que asistí a una. Ese primer contacto me hizo pensar que "mecánicamente" también se podía referir a "vitalmente". Y que por eso lo que giraba no era una rueda sobre su eje sino los habitantes del mundo "jolgoricamente" sobre sí mismos.

Creo que sólo recobré la conciencia de estar presente ahí, en ese lugar próximo a lo humano y lo animal, a la memoria primaria y la esencia fundamental justo cuando escuché el primer golpe al tambor. Fue una oportunidad para profundizar en la existencia de todo un universo que es capaz de vivir en una constante circularidad vertiginosa.

No alcanzo a recordar cuántos años han pasado desde mi primer encuentro con la rueda de cumbia, pero lo que sí recapitulo bien es el murmullo previo, el movimiento aplicado a la lengua de mis conocidos

indicando que la hora del milagro estaba por darse. Ese día la ciudad parecía configurarse y acomodar los hechos para el encuentro con la vida misma. Tanto así que mientras me alistaba para salir, el pantalón que elegí ponerme arrojó un billete con la cara de Julio Garavito, almorcé pasteles de cerdo de la noche anterior, mi vecino me regaló una cerveza y el bus de Puerto Colombia tenía puesto.

Inmediatamente me senté en el asiento libre, justo el del sol, en la radio sonó: *Tengo un mico narizón/ para que lo sepas tú/ también el mico es ojón/ y es bastante pelúo/ Es morisquetero / mico ojón pelúo... Casi como un presagio de lo que viviría horas después.*

Quiero pensar que la fuerza giratoria de la rueda estaba en amistad conmigo esa vez. Fue ella la que me llevó a elegir ese pantalón, hizo que sobrarán pasteles de cerdo de la última cena, ablandó el corazón de mi vecino y precisó la hora exacta para que saliera de mi casa a tomar ese bus. Años más tarde, sigo eligiendo el mismo pantalón, la misma comida, asomándome a la casa del vecino y saliendo a la misma hora para subirme al bus y llegar al encuentro.

Supongo que mi amiga, la fuerza, que me hizo tomar decisiones sabias es la misma que ubica a un grupo de músicos de cumbia sobre una rueda que no es rueda sino altar. Y que no es cumbia sino música celestial. Y que no son un grupo de músicos sino instrumentos vivos. Las razones parecen elegirlos a ellos para armar la fiesta que retumba en el río. Cuando los veo, me convengo de que la música se les ha metido en el alma y el cuerpo desde niños y desde ese instante nunca salió. Por eso deben ser ellos y no otros. Sus voces vibran hasta el último hálito para enseñar cómo es que se reza ante los sueños del canto. Ya lo vaticiné Meira Delmar en su poema "Del canto" cuando escribió: "En un principio fue el Verbo/ Nos los dice/ el libro inaugural por excelencia/ Pero también fue el canto".

Tampoco sé si mi abuela se daría por enterada que esos pasos que daba alrededor del patio o de la terraza, o esas faldas llenas de flores o esa conexión con la brisa o ese transformar un momento común en una obra maestra o ese abandonar el cuerpo y huir con el ritmo, son los mismos comportamientos aprendidos que yo replicaría años después en el barrio de una sola calle.

Me gusta llamar al Barrio Abajo, el barrio de una sola calle, justo cuando ocurre la rueda de cumbia, porque en eso se transforma. Una sola calle que soporta el peso de habitantes antiguos, de extranjeros en su propia tierra, de brazos y piernas que han cruzado aguas profundas. Todos dicen que Barrio Abajo siempre está de fiesta. Resulta suficiente con pisar el pavimento para empezar a escuchar voces que cantan a lo lejos. Se puede recorrer toda Barranquilla con los ojos vendados sin reconocer ningún esbozo de familiaridad, pero si se pasa por esas calles se siente. Empiezas a entender que en ese predio el encierro es ajeno y el silencio se adueña de las calles únicamente el jueves santo. Ahí, en el cemento que lo sostiene, el patrimonio extrovertido y vigente está colándose por las ventanas de las casas. La naturaleza o tal vez Dios se divierten convirtiendo un espacio geográfico en una tierra ilimitada de todo lo posible. Las medidas efectivas para reconocer que llegaste al barrio de una sola calle serán siempre rechazar las distancias entre las personas y embarcarse en las profundidades de las relaciones.



El barrio de una sola calle en la rueda de cumbia. Todos los derechos reservados.

Cuando ocurre la rueda en el barrio de una sola calle se reúnen dos grupos de personas: la gente que decide olvidar por una noche que acaba de comenzar un año más y la gente que celebra el comienzo de este. Por esos días previos a la rueda de cumbia y partícipes del fin de año, parece que el tiempo no fluye en esta Barranquilla. Nada más hay que fijarse en cómo ocurren las cosas. Suenan las mismas canciones en la radio, las familias comen lo mismo, todo el mundo espera algo, pero nadie sabe qué, ocho de cada diez casas en una cuadra rezan la novena, todos los días toman cerveza en la esquina, todos los niños escriben cartas al niño Dios pero la ponen bajo el arbolito para que las lea Papá Noel, las familias lloran los muertos de hace veinte o diez años. Asumo, desde el sobrepensar que me subleva, que esto es el deber ser. No hay otras maneras de configurar la existencia para darle cabida al despliegue de afecciones en la rueda de cumbia, bien sean por exaltación o pena.

Y no sólo es por el fin o comienzo del año. Es porque en definitiva se sabe que se aproximan los días en que la configuración local y extranjera empieza a desajustarse. Los días en que el folclor reina y la versificación del espíritu ahonda en lugares misteriosos. Las fronteras desaparecen de los horizontes presentes porque avistan huellas en las orillas. Por supuesto que hablo del Carnaval de Barranquilla. Pero no del carnaval como festividad, sino como lugar habitable donde todos bailan la danza más antigua, esa que viene de una época que ya nadie recuerda. Éste aparece entonces como un sitio en el que se entrelazan historias en constante movimiento.

Lo que acontece en esa reunión de sucesos no se trata solamente de un choque cultural sino de vivir la experiencia a través del lenguaje musical, del regocijo para engendrar una simbiosis única. El Carnaval es también un sitio ejemplar dentro del Caribe en el que las personas comparten un mismo rumbo que se abre al mundo y cobra conciencia en el disfrute. Recuerdo Las Cuatro Fiestas de Adolfo Echeverría y que Nury Borrás cantaba con ahínco... "Pero qué sabrosas son las fiestas de carnavales/ pero qué sabrosas son las fiestas de carnavales/ con caretas y disfraces las comparsas vienen ya /ese golpe de tambora a la cumbia invita más".

Quedamos en que hay dos grupos que se reúnen en el barrio de una sola calle. La verdad es que todos los años intento pertenecer a uno,

pero mi capacidad de decisión no es mi mejor atributo. Así que creo un nuevo personaje: soy una científica del bullicio y mi labor es encapsular momentos replanteando la identidad humana con el único objetivo de llevarla bajo los puños, para que ningún bucle en el espacio nos la rebase.

A pesar de esa diferencia que marca la concepción del disfrute, existe una cosa que tienen en común: la experiencia del lenguaje. Entre el tumulto y la bulla se crean nuevas formas de comunicación cada año. A las 7:00 p.m. en esa calle nadie espera que un eco conteste, se dejan llevar por la belleza de la cadencia musical.

No hay textos, ni sílabas que puedan transmitir lo que un par de ojos, un par de pies, una falda o un sombrero pueden ver. La vibración del sentir es posible gracias al movimiento del cuerpo. Los átomos dictan la acción mientras la emoción y el reconocimiento de una misma creación siguen la órbita. Supongo que desde ese momento la cumbia se convierte en un ultimátum contra el miedo.

De repente, aparece en la memoria una remembranza remota. Evocas las hojas de los libros de historia en las que los primeros humanos bailan en torno al fuego. Lo sabías. Hemos nacido primitivos. El sueño del ritual originario toma el cuerpo y habla por medio de la piel. La sospecha de una realidad antes vivida siempre había estado ahí, en el centro de la noche. Sólo que en este encuentro de la humanidad, el incendio se convierte en un cúmulo de símbolos sagrados que suenan. La ciudad para los oídos iluminados únicamente tiene un estruendo: La cumbia.

En la rueda de cumbia uno se abre su propio camino. Es el mismo camino del fuego encendido en las velas de las mujeres que bailan. Recuerdo sentir el calor y el peligro inminente del color naranja encendido en mi cara cada vez que una de ellas da una vuelta. Quisiera moverme a través de ese incendio voraz, pero prefiero también explorar los senderos del gozo en los ojos de los hombres que bailan. Así, uno se deja llevar y coexistir con el otro sin haberlo visto antes.

Todo se convierte en un hallar en el baile algún rastro de comprensión. Los huesos son conquistados por la memoria del otro, que le ha arrancado un pedazo a la otra y esta un suspiro al anterior. El cuerpo alberga pasajeros en cada paso que avanza. Sobre las vueltas uno se vuelve inmune al sudor de los otros, al olor a ron o al humo.

Tal y como lo escribe Jaime Manrique en la novela ‘El cadáver de papá’: *“Repentinamente, una parte de mí, una parte atávica, algo que clama en mi sangre desde muy lejos, desde más allá de mi madre y mis abuelos, arriba, allá en su ancestro en África, me posee y me hace girar. Estoy borracho, pero más que nada, ebrio de nuevo conocimiento de mí mismo. Entonces comienza a bailar, primero con reticencia, luego abandonándose completamente a la música, a sus cadencias, perdiéndome entre los laberintos de los sonidos”*.

Nadie corre tan rápido como la noticia de que la rueda acaba de comenzar y la música a sonar. Ese momento es clave porque los relojes dejan de marcar la hora precisa y te das cuenta que siguen siendo las 7:00 p.m. hace dos horas. Empiezas a ver las caras de la gente. El orden humano del reconocimiento entra en escena. Te encuentras con Laura que estaba en España, con Alberto que estaba en Inglaterra, con Andrea que estaba en algún lugar del planeta que no recuerdas pero entiendes que fueron atraídos hasta ahí. Y entonces empieza también la formulación ilimitada de preguntas.

¿Pero tú no estabas en España?

Sí, llegué hace unos días para año nuevo y me voy mañana después de la rueda.

¿Y qué tal Inglaterra?

Divino. Debes ir.

¿Y cuándo te vas?

Mañana después de la rueda.

¿Dónde es que estabas?

Ya me acuerdo.

Sí, llevo dos años allá.

¿Y tú mamá, cómo está?

Mi mamá está feliz porque llegué hace una semana, pero me voy mañana después de la rueda.

“Después de la rueda” repites como si fuera un nuevo adverbio de tiempo conteniendo toda la diáspora de una construcción identitaria generosa. Una historia que se ramifica en mil más. Como la savia de los árboles de guayacán de mi abuela, como la sangre en nosotros. Somos polvo esperando regresar a nuestra madre.

El llamado divino de la gracia musical también ilumina a la

señora que decide junto a su orquesta familiar, elaborar los manjares de la noche. La mujer hace apología a aquella lejana fiesta en la cual un ser poderoso multiplicaba panes y vinos, solamente que ella multiplica arepas de huevo, empanadas de carne, empanadas de pollo, empanadas de queso, patacones con chorizo, papas rellenas y litros infinitos de chicha de maíz.

El baile que hace no es dentro de la rueda sino alrededor de su cocina que es el aposento de los ángeles comestibles. El desafío empieza cuando hay que salir del círculo apabullante porque el hambre apremia. Las bestias feroces en la calle empiezan la carrera de sus vidas hacia el lugar donde las nubes descienden a la tierra y acuestan el capital alimenticio grasiento en su regazo.

La comida aparece mágicamente en las manos como si se tratara de un acto de fe. De repente, ya estás comiendo con los bárbaros que han abandonado por unos instantes el campo sagrado. Basta una porción de adiposidad en el cuerpo para seguir. Pero si comer es una competencia, ir al baño es una prueba de supervivencia. A veces pasa que toca elegir saciar la barriga o liberar la vejiga porque el señor que vive al lado de la tienda cobra por despojar la necesidad urgente de la presión natural.

– La plata está hecha, sólo hay que buscarla.

Repites cada vez que extiende su mano y caen entre sus dedos dos monedas de quinientos pesos, mientras que a su baño que ahora es la casa de todos, entran y salen desconocidos que irrumpieron la tranquilidad de un inodoro que cada año hace nuevos amigos.

Probablemente, ese baño también fue el alivio del borracho que está sentado en el bordillo de la tienda y que ha designado el alcohol como una necesidad nutricional. Hace dos días no sabe lo que es caminar sin tambalearse, cantar sin llorar o conservar el pago de las primas de diciembre intacto. A lo mejor, su estado natural es ese y no el de aquel hombre que trabaja más de cuarenta y ocho horas semanales. Quizás, la recompensa por tanta expulsión de líquido salado diario, por el dolor en los músculos, por el cansancio acumulado desde hace treinta años sea ingerir cantidades del elixir festivo. Tal vez, de esa manera, la desinhibición logre hazañas que la sobriedad no alcanza.

La despreocupación infringida por el alcohol también seduce a

muchos otros que, como yo, entierran toda posibilidad de timidez y se abren a la experimentación fugaz de los deseos ocultos, las memorias sutiles de vínculos con seres carnosos en los meses previos. Lo anterior, sin importar que al día siguiente la culpa se convierta en los ojos de la conciencia y se reincida nuevamente en la falsa promesa mientras los dioses del consumo se retuercen a carcajadas.

– El próximo año seguro no volveré a beber. No valgo es ná.

El regreso a la rueda es una peregrinación. Las palabras y las miradas se alzan para encontrar el punto exacto de la vibración. Intentas ubicar el perímetro preciso en el cual estabas antes de ir a saciar el voraz apetito, pero es imposible. Lo que vislumbra es la belleza de un retrato familiar. El padre que carga a su hija en hombros dentro de la rueda. Imprimes esa foto en tu mente que también es la perduración de un legado, la memoria viva y la tradición inagotable. La niña juega en el patio del recreo que ahora es el círculo que permite ralentizar los minutos. Los ojos se convierten en testigos del tiempo paralizado en una sonrisa. Ni el padre, ni la hija saben que se puede originar la idea fundamental de la tradición en la resistencia de sus hombros y de sus risas.

Estoy segura de que sí todas las madres y los padres permitieran a sus hijos jugar en la rueda, la niñez fuera un espacio menos infame. Si eso pasara, las rondas infantiles cambiarían el rumbo de la costumbre reciente porque los niños y las niñas no cantarían: *“A la rueda, rueda de pan y canela, dame un besito y vete a la escuela, sino quieres ir acuéstate a dormir”* por el contrario entonarían *“A la rueda, rueda de cumbia y cosa buena, toma una maraca y vete con tu abuela, yo sé que quieres ir, levántate a vivir”*. Puede que esa sea una estrategia para una crianza respetuosa y empática con el entorno.

Anhelo entrar en el pensamiento de la madre del niño, que expectante, desde el otro lado de la reja, ve como un montón de personas atraviesan la puerta de su casa. Lo veo en su jaula encerrado como Nelson, el pájaro verde de mi tía que apareció en el patio de la casa grande para nunca volar. Su voz de súplica se desliza entre sus plumas mientras una adulta apacigua el trino. La solución a las ganas de explorar lo desconocido es tragarse la infancia antes que aparezca. El único consuelo es la observación sumisa y callada apartada de la vida.

Como si no fuera suficiente con el cuadro vivo del padre y su hija,



*Pareja que baila con el juego encendido, Atrás, el altar sagrado.
Todos los derechos reservados.*

los ojos se adhieren a otra escena. Presencias cómo es que se le roban minutos a la muerte porque lo hace la señora que desliza sus manos en la tela suave de su falda de cuadros rojos y blancos. La senda que los dedos recorren hasta el extremo de la falda que se alza, revela la claridad de los años que la acompañan. Los desastres lentos de la vejez son cómplices de su andar. A veces su cara se transforma en diosas caribeñas. Durante unos minutos es Petrona Martínez, Etelvina Maldonado o La Niña Emilia y en unas milésimas de segundo llegan a apoderarse de sus facciones Esther Forero, Totó La Momposina o Ceferina Banquez.

Todas las formas del canto y del baile sobreviven en ese cuerpo que habla. La mujer adulta entra y sale del círculo real con la intención oculta de ganar la batalla fulminante de la vida con cada vuelta. Su cuerpo sólo existe cuando sucede el baile, después, todo se desploma. Ella es el reflejo que más tarde llevará nuestros nombres en la calle desierta.

Acorde con esos destellos de esplendor, la pareja que baila hace parte del acto teatral. Dentro de su naturaleza, existe un secreto

resplandeciente que atraviesa las nubes mientras bailan. Es el misterio que conserva un enigma resguardado por siglos. Ese que anuncia la perduración de un sentimiento. Cuando suenan los golpes al cuero, ambos se elevan y llegan a la isla en el cielo que han construido en lo alto. No encuentran qué palabras decirse porque las descripciones son inamovibles y ellos quieren flotar.

Entre ellos crean formas con las curvaturas de sus cuerpos ansiosos. Se sostienen enteros, piel con piel, ojo con ojo, boca con boca, pierna con pierna, quién sabe hasta cuándo. Así es que superan la gravedad. Bajan la vista para comprobar la vida rara del resto de la ciudad que no hace parte de la rueda. Y antes de que acabe la música, descubren una vez más, la fortuna escondida en la tierra firme junto al mar. El tesoro de la humanidad, la historia del amor. Su año comienza y termina en el ascenso litúrgico capaz de limpiar los días de las cosas que hacen daño. La rueda de cumbia también es un beso entre dos.

Lo que pasa en la rueda de cumbia es inédito. Los relojes se detienen dando paso a una ruptura del espacio-tiempo. Miras alrededor y sientes algo que cambia en la percepción del ambiente. Es el espacio que está comprimiéndose. Precisas que el único paraje estable y seguro es dentro del circuito sonoro. Es el tiempo transformado. El tiempo que ya no es lineal. Ahora la consecutividad del baile dentro del círculo propone una concepción entre el movimiento y su función en el mundo. Con cada vuelta se alarga el rumbo del destino consumado. Lo vital es fluir en un continuo ejercicio de la libertad.

De esta manera, se sitúan formas de concebir el transcurrir de la ocasión cada comienzo de año. Pienso en el Eterno Retorno. Ese que encapsula la repetición del suceso originario del baile y las conexiones que se crean dentro de cada giro. Asimilar cada segundo en la rueda de cumbia, es afirmar la eternidad en el interior de ella desde las múltiples posibilidades combinatorias. Así se reitera el sentido de la vida, en la permanencia de la propia identidad.

Hay un momento magnífico en el cual a lo único que se aspira es a ser feliz. En ese instante pareciera que la rueda de cumbia nunca se acabará a pesar de que en la vida convencional han pasado tres horas. Existe un tiempo real que condiciona las maneras en que se puede apreciar el disfrute de este. Lo único cierto en este pedazo de la noche es

que la música no se va, lo que se va es la gente. Comienza entonces el ocaso de la fiesta. Las llamas en las velas se apagan poco a poco dejando la cera derretida en las pieles, ropa y zapatos de los que decidieron convocarse en la comunión del rito. Han descansado en los brazos de una música benevolente. El trabajo arduo es volver a convertirse en algo fuera. ¿Qué es uno después de una rueda? ¿Somos nosotros realmente estando dentro del círculo y fuera de él fingimos?

Salir del círculo golpea porque significa abandonar el hogar propio. Pienso en lo que supone la muerte cuando se manifiesta así. El próximo titular en el periódico local sería: "Mujer muere de pena al terminar la rueda de cumbia". Pienso en los síntomas, en la causa del fallecimiento que resulta ser la de la vida misma. Se pueden tener diez, quince, veinte, cincuenta o setenta años, pero el desgarró por el fin del bullicio sigue siendo el mismo.

Algunos salen de la rueda y siguen atrapados en ese vaivén que baila dentro esperando que la vida los agarre por las manos antes de acabarse. Nunca se sabe bien a dónde es que se va pero el chance de volver a nacer repentinamente puede encenderse. Como uno cuando está dormido y se vuelve otra vez. Como cuando despiertas de un sueño para aproximarte al que está por venir. Seguramente el destino próximo será el patio de una casa con hospitalidad dadivosa que recibe a esos que aún conservan la esperanza del tiempo detenido.

Cuando acaba la rueda de cumbia no sé qué espero. A esas alturas, le huyo a la tragedia. Me escondo de ella en el sofá de la sala. Hay un dolor profundo que lava mi sangre. Toda la humanidad del mundo estaba contenida dentro. Siento que el corazón se me descaparela como la pared de mi cuarto húmedo cada vez que la música suena más lejos y el barrio se queda solo.

La noción de un yo desmoronado se hace presente en la configuración de mi ambiente. Siento el tic-tic del reloj en mi venas. Palpo los chorros de sudor que recorren mi pelo y llegan a la punta de mis pies. Soporto la suela de mis zapatos desgastados.

Pienso en cuánto tiempo pasará para volver a estar en la rueda.

Pienso en los asteroides orbitando alrededor del Sol. Pienso en la Luna girando en torno a la tierra. Después no pienso, hago el último baile.

Quisiera decir que estoy en el paraíso. Arriba el manto de estrellas. Abajo el sueño de una realidad que no se rompe. Este clamor, este esplendor, este catalizar el dolor, son los faros en la bienvenida próxima. Puede que se apague el sonido litúrgico, pero yo he ascendido a otro plano. El brillo de la piel me dice que así luce la felicidad. Cierro los ojos y expando los oídos. La cumbia ha hecho para mí una morada. Un milagro está detrás. Mi cuerpo se ha convertido en instrumento y mi voz en una canción que tapa la llaga en la noche oscura.

Referencias

- Delmar, M. (2019). *Raíz antigua y otros poemas*. Editorial Universidad del Norte.
- Manrique, J. (2019) . *El cadáver de papá* (1ªed). Planeta Libros.
- Echeverría, A. (1961). *Las Cuatro Fiestas*.
<https://youtu.be/5HTwFecf6SQ>
- Ramayá, P. (1981). *Mico Ojón* . Pedro Ramayá y su cumbia moderna. Producciones Fonográficas Felito.
<https://youtu.be/LWeoDy8q0go>

Beca para la creación y publicación de trabajos escritos en el género de crónica cultural, "Heriberto Fiorillo"

Tras los recovecos de La Cueva

A Fiori

La mayor dificultad que tiene el recuento de un mítico espacio cultural como es el caso del bar La Cueva de Barranquilla, contada en múltiples versiones; algunas con una bizarría impresionante, es reunir las, confrontarlas, unir cabos sueltos y darles una estructura coherente en forma de libro que despejaría para siempre, a la manera del resumen de un acucioso notario todo lo que sucedió en ese ámbito y que además expondría el impresionante archivo de Nereo López sobre sus andanzas, pues se trataba de un protagonista integral que captó los acontecimientos desde la perspectiva de su testimonio fotográfico.

Ese fue el reto que se planteó Heriberto Fiorillo tras su retorno a Barranquilla en 1998 después de dirigir cinco noticieros nacionales de televisión, recién graduado de periodismo en la Universidad Javeriana a sus 25 años, nombrado subdirector de la legendaria revista Cromos, sobrevivir impávido el 20 de enero de 1980 (tras abandonar el palco segundos antes) cubriendo para esa revista las famosas corralejas de Sincelejo con un saldo de más de 500 muertos, crear un noticiero de cine hecho totalmente en Colombia, escribir reportajes y crónicas en una amplia gama temática con una estadía de varios años en New York ejerciendo diversos oficios periodísticos y audiovisuales. Confesó sobre la certeza de su irremediable vocación alguna vez que «mis padres veían mucho la prensa y entonces yo decía que quería ser periodista, porque cogía el periódico y me lo metía debajo del brazo».

Parecía uno de sus tantos retos profesionales adentrarse armado de una linterna periodística al interior de los recovecos de la historia de La Cueva, ese famoso refugio de jolgorios epicentro de una época del Grupo de Barranquilla tranzados desde que se conocieron en irreverentes discusiones interminables —ipse dixit Álvaro Cepeda: «vamos a gritar a coro, coro ensordecedor, coro costeño, coro de hombres y no de mariconcitos con pantaloncitos ajustados a entecas nalguitas bogotanas»—, en medio de un vasto vademécum mágico en el cual nada parecía inventariado a partir de sus enigmáticos y atrayentes lemas: «Refugio de intelectuales y cazadores» y otro de perentoria advertencia conyugal «Señora: Si no quiere perder a su marido, no lo deje ir a La

Tras los recovecos de La Cueva

Adlai Stevenson Samper

Cueva»; que por supuesto constituía toda una amable invitación a la perdición de hogares que se coló por los cercanos barrios Recreo y Boston en donde creció Heriberto de la mano de su padre —y por supuesto de su señora madre—, a quién remedaba muchos años después con nostálgico cariño cuando bailaba porros mojándose la mano con saliva imaginaria pasándola con fruición elegante para amansarse el rebelde copete a manera de imaginaria brillantina, pertinaz propietario de una esquinera ferretería, administrador temporal del hotel Victoria en la calle San Blas en donde conoció en 1968 su hijo adolescente a los músicos Richie Ray y Bobby Cruz alojados allí durante su primera visita a Barranquilla en carnavales.

Los Fiorillo eran vecinos del barrio Boston, a dos cuadras cortas de La Cueva y a la vuelta del cine al aire libre Buenos Aires donde el niño Heriberto iba a las vespertinas ardorosas de acción de vaqueros en donde corría en la pantalla plomo a diestra y siniestra, de bucaneros rondando en el Caribe y a las divertidas peripecias de Cantinflas, Tin Tan y otros caricatos mexicanos y después; ya mayorcito, a las funciones nocturnas dobles.

Fiel a las costumbres barranquilleras de la década del sesenta, paseaba en las tardes con su familia desde su casa esquinera en la carrera Líbano hasta el bulevar Roosevelt del barrio Recreo pasando invariablemente por el misterioso refugio forrado de madera ubicado en la calle 59. Difícil sustraerse a una epifanía que lo marcaría en buena parte de su vida con las sentenciosas palabras de su padre describiendo el perfil del curioso lugar:

— Allí queda La Cueva con sus atolondrados inquilinos.

Una casona esquinera recorrida por una techumbre adosada en forma de toldo protector, entrecruzando sus ventanas con celosías de madera que mitigaban la luminosidad y la curiosidad de los chismosos de todas las layas y especies que se asomaban por esos lares como quien visita a un fantástico zoológico de atracciones y que dio fundamento a otra célebre frase de reclamo publicitario: «La Cueva: Rico rato sin sapos ni lagartos». Así que si usted pertenecía a una de estas especies lo mejor era no acercarse ni de riesgos por allí, so pena de una invitación a salir con palabras destempladas de Álvaro Cepeda Samudio, unas miradas fulminantes del resto de la amable concurrencia y un desprecio absoluto a su condición de batracio.

Otra referencia de La Cueva sobre el entonces niño Heriberto es que diagonal al establecimiento estuvo un extenso lote adosado al Mercadito Municipal de Boston, un proyecto modernista de descentralización de abastos y víveres construido a finales de la década del cincuenta en el siglo XX. En ese espacio solían montarse casetas de carnaval, ciudades de hierro con sus ruedas de Chicago, circos con sus carpas desafiando las brisas, las jaulas de animales presentados en el espectáculo desplegadas a sus lados y un estridente parlante convocando a las familias vecinas a las funciones diarias. De allí sacaría alquilado un elefante alguna vez en una madrugada Alejandro Obregón para tumbar la puerta de La Cueva ante el insólito silencio de Eduardo Vilá, propietario absoluto quién vivía allí, para dejarlo pasar a su cavernoso interior prosiguiendo la jarana de ron Blanco adobado con el penetrante aroma de cigarrillos Pielroja llamados popularmente “Pichaeperro”.

No era entonces nada raro que Heriberto, tras su retorno a Barranquilla decidiera; después de algunos trabajos comerciales, emprender el proyecto de reconstruir la historia de un lugar con tanta significación en la cultura de Colombia. Pensó entonces, en los prolegómenos del proyecto, apelar a métodos de músico ambulante: «salir pasando el sombrero a los amigos para financiarlo». La idea era exponer todo el cuento en un libro de grandes dimensiones, de mesa o como dicen los anglófonos, un “table book”, y los promotores de su producción recibirían al final del año 2002 una determinada cantidad de ejemplares para que los regalaran a quien bien quisieran en esas navidades.

Cuando Fiorillo acudió a la familia Char, propietaria de comercios, industrias y de las instalaciones de La Cueva, recibió una sonrisa irónica de su máximo accionista Fuad Char en el sentido que el proyecto era faraónico y casi de imposible realización. Ese día los dos cruzaron una especie de apuesta. Si tan magnífico libro, si ese portento se convertía en realidad, cedería en calidad de comodato sus instalaciones a una fundación que se encargaría de promover actividades culturales sin perder, por supuesto, su esencia de bar y restaurante, por lo menos en lo que cocinaban allí Álvaro Cepeda Samudio; quien según Juancho Jinete ostentaba el título de chef oficial y «no podía repetir una receta. Todas eran originales. Por ejemplo, una crema de ostras llevaba mil ostras. Un sancocho de gallina demandaba cincuenta gallinas de patio. Y así, todas sus recetas eran originales y se caracterizaban por la exageración. Ahí

radicaba el secreto», con el soporte espiritual de Alejandro Obregón, creando de forma colectivas fantásticos menajes, imposibles Bouillabaisse Marselleses en que flotaban mariscos y pescados incorporando nativos ingredientes como la soledaña butifarra con chiles en exceso, las ostras y guayabines de Vilá, el Ñamiñame, el steak de todas las pimentas, Don Germán, un menjurje de ron con tamarindo y limón, el mangarita, un coctel reinventado que cambia el limón por el mango, tortillas y gazpachos, picadas de salchichón con queso, salchichón de hoyito y los ensayos gastronómicos con la fauna traída por los cazadores: pato, pisingo, guacharaca y guisos de iguana.

La justificación certera de revivir en una extensa crónica las aventuras del Grupo de Barranquilla las ofrece en el libro el mismo Heriberto en su capítulo introductorio “Un grupo al que no le gustaban los grupos”. No solo ofrece detalles del plan general sino un perfil de sus posibles lectores: «Desde hace varios años deseaba reunir en un solo volumen las aventuras y desventuras de un grupo excepcional de creadores únicos y amigos entrañables entre sí, que vivió las calles, las librerías, los cafés, los bares y los burdeles de nuestra ciudad. Quería juntarlas todas, si era posible, para poder leerlas después con placer junto a amigos míos de tres generaciones, bien fuera de episodio en episodio, como fueron vividas y escritas, o de un solo tirón, como se pretende ahora vivir la vida».

Fue su propia profecía vital ese afán recopilador de un mundo cultural que parecía irremediabilmente disperso en libros, artículos y en escasos testimonios pues buena parte de las fuentes habían fallecido (sobre todo la terrible dupla creadora Cepeda Samudio- Obregón) y otros; como el caso de García Márquez, estaban en proceso de reordenar sus memorias presentadas en el libro *Vivir para contarla* publicado precisamente en el mismo año 2002 en que se presentó el libro *La Cueva* de Fiorillo. Otros integrantes del grupo como Quique Scopell y Juancho Jinete, todavía en vida, dieron sus versiones subversivas de los hechos alrededor de aquellas calendas, sin enunciar a otros a los que la peste del olvido hizo la consecuente mella en sus memorias.

Fiorillo organizó una especie de equipo de producción del libro que recopilaba, ordenaba, entrevistaba alimentando una base de datos que tuvo la consustancial fortuna de tener un valioso previo testimonio en

forma de libro. Un cronista protagonista de los enredos descritos cuyo aporte fue decisivo, tal como lo señala en la introducción de *La Cueva: Crónica del Grupo de Barranquilla* el mismo Heriberto: «Este libro tiene una deuda impagable también con el compendio de trece crónicas que sobre el grupo de amigos escribiese uno de ellos, Alfonso Fuenmayor, a fines de los años 70. A los anteriores libros debe sumarse otro grupo de volúmenes publicados por autores nacionales y extranjeros sobre el tema».

Por supuesto que Alfonso Fuenmayor en la introducción de su libro *Crónicas sobre el Grupo de Barranquilla* ofrece la correspondiente visión de las motivaciones para relatar tan singulares hechos: «Por las preguntas que me han hecho y que aún siguen haciéndome, tantas conocidas como desconocidas, y no solamente en éste sitio sino en otros lugares, tengo la impresión de que un cierto número de personas, cuya cuantía no voy a exagerar, está en alguna medida interesado en saber cómo fue que di en la flor de escribir sobre el Grupo de Barranquilla. La idea tiene antecedentes que, aunque un poco distantes, creo retenerlos, todavía, con claridad en la memoria. Espero no encontrar mayores dificultades para describirlos. ¿Será, acaso, me pregunto, para satisfacer la curiosidad de otros en el supuesto de que esa curiosidad realmente exista? Pues, sí, puede que sí».

Valida la pregunta que se hace Alfonso Fuenmayor y que corrobora Heriberto Fiorillo sobre las intenciones de sus escritos. Una recuperación de la memoria que en el caso de Fuenmayor tiene la connotación de testimonio de partícipe de los hechos narrados y en el de Fiorillo de una parresía, de decirlo todo en un intento válido de aprehender las múltiples voces con toda la franqueza y afectos posibles.

Alfonso, al igual de Álvaro Cepeda Samudio, Germán Vargas Cantillo y Gabriel García Márquez son los “cuatro discutidores de Macondo” de la novela *Cien años de Soledad*. Se conocieron en un corto viaje que hizo Gabo a Barranquilla el 16 de septiembre de 1948 desde Cartagena cuando fue desplazado de sus estudios de derecho en la Universidad Nacional por los sucesos del 9 de abril de ese año cuando asesinaron en plena carrera séptima de Bogotá al líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. De allí, parte la historia del grupo que se reunía en los sitios más disimiles del Centro de Barranquilla y en las crapulosas cantinas del mercado y el puerto.

—Teníamos tantas cosas en común que se decía de mala leche que éramos hijos de un mismo padre— escribe García Márquez en su libro *Vivir para contarla*. Estábamos señalados y nos querían poco en ciertos medios por nuestra independencia, nuestras vocaciones irresistibles, una determinación creativa que se abría paso a codazos y una timidez que cada uno resolvía a su manera y no siempre con fortuna.

—No solo era una irresistible amistad sino una fraternidad— solía comentar Heriberto en los procesos de redacción del libro. Los describe; tal como decía, de un “plumazo” así: Individualistas por temperamento, los costeños somos, según Alfonso, ajenos a toda tendencia gregaria, alérgicos al adocenamiento, pero proclives a la fraternidad. Alfonso ha admitido que formó parte alguna vez del llamado Grupo de Barranquilla, pero ello se debe “un poco paradójicamente, a que todos cuantos lo formábamos teníamos en común un profundo sentimiento de rebeldía contra las asociaciones”.

Si bien el Grupo de Barranquilla, con todo lo que representa tal concepto en materia de asociaciones existió de facto y es el foco de la narración de Fuenmayor, en la de Fiorillo los sucesos desembocan —y desaparecen también— en torno a los inicios en 1954 de La Cueva cuando Alfonso y Álvaro Cepeda Samudio “descubren” la tienda *El Vaivén* con el gabinete odontológico de Eduardo Vilá y deciden mutarlo en centro de reuniones para acompañar a un grupo de serios cazadores que solían apacentarse allí para contar sus hazañas recientes en montes y ciénagas en torno a botellas de cervezas y rones. Vilá pertenecía; por así decirlo, a los dos combos allí reunidos.

En un viaje a Barcelona de Alfonso Fuenmayor a mediados de los años 70 donde vivían García Márquez y Mercedes en el número 6 de la calle Caponata, acudieron prestos a un restaurante de vecindario para degustar la comida catalana recordando Alfonso que García Márquez reconocía “sus” duros años de aprendizaje aquí en Barranquilla, por ejemplo. “La que pasé en Barranquilla, con ustedes, me dijo él en una ocasión, es la época más importante de mi vida”. Mientras yo hablaba, impidiendo que los recuerdos desbarajustaran y tomaran un mal camino, Gabito hacía acertadas y esporádicas interpelaciones que evitaban inexactitudes en las que eventualmente podría incurrir».

En ese sentido Fiorillo tenía una perfecta claridad en el sentido

que el singular grupo de amigos barranquilleros sí existió conmoviendo la entonces pálida escena cultural nacional pero que su cimentación internacional tenía nombre y vocación literaria con premio Nobel a cuestas, Gabriel García Márquez y que pese a la importancia de los demás en sus respectivos oficios, era imposible sustraerle el protagonismo al mago de Macondo. Tiempo después, ya remodelado y en funcionamiento otra vez La Cueva, inventó un certero lema: «El bar de los amigos de García Márquez».

En la comida en Barcelona con los García Márquez los acompañaba la agente literaria Carmen Balcells y su asistente. En medio del tropel de recuerdos acicateados por escanciar botellas de vino desplegadas sobre el yantar, Fuenmayor cuenta que tras su perorata memoriosa sobre los tiempos de Barranquilla, Mercedes Barcha pronunció una especie de sentencia confirmatoria:

—Siempre he pensado que el maestro Fuenmayor es la persona que debe escribir sobre esas cosas. Fue testigo, fue protagonista de todo cuanto le ocurrió al grupo, tiene memoria, tiene...

Fuenmayor se defiende del inusitado encargo que después emprendería a su manera García Márquez en su libro de memorias. Y señala a otro posible contador, Germán, uno de los cuatro discutidores de Macondo. Entonces se deslinda de la responsabilidad señalando: «Claro está, digo yo ahora, que no soy la única autoridad para hacerlos. Ahí está Germán Vargas, quien a menudo se describía a sí mismo como historiador y como historiador era considerado por todos nosotros. Él también fue testigo y protagonista inclusive de muchos episodios que a mí no me constan».

Pero Germán se había residenciado en Bogotá desde 1957 huyendo un poco a la barahúnda de tropelías del grupo y muy pocas referencias podía ofrecer sobre la vida al interior de La Cueva y, además, para el tiempo en que Fiorillo investiga y escribe el libro (2001-2002), había fallecido en el año 1991 en su apartamento del conjunto residencial Los Laureles al norte de Barranquilla.

Así que le tocaba a Alfonso pues Álvaro Cepeda Samudio, el otro escritor discutidor de Macondo y un indudable mito urbano con trascendencia patria por sus excentricidades con la vida, había malamente fallecido un 12 de octubre de 1972 en New York y sus referencias a la

época de La Cueva son algunas glosas en columnas suyas del *Diario del Caribe* y en la entrevista —o auto entrevista— con su compadre y amigo, el pintor Alejandro Obregón.

—Porque Obregón tampoco me ha pintado nunca un retrato, ni nunca me ha regalado un cuadro, ni me ha ilustrado un libro —escribe Álvaro—. Esto de no mezclar utilitariamente nuestros oficios nos ha permitido, creo yo, establecer un vínculo poco comprensible para la gran mayoría de sapos que brincan a nuestro alrededor (más alrededor de Obregón que del mío) que no necesita de públicas ni privadas ni periódicas reafirmaciones que lo mantengan invariable a través de tantos años y vericuetos.

Sigamos en el restaurante de Barcelona en donde Fuenmayor; que es gago y hace gala de ello, despliega su elocuencia promovida por las botellas de vino en recuerdos sobre el Grupo de Barranquilla y La Cueva mientras la agente literaria Carmen Balcells, con su olfato para estos asuntos, percibe una provocadora veta. Le dice entonces en forma tentadora a Alfonso:

—Tienes que escribir todo eso. Si quieres de aquí nos vamos a la oficina y firmamos un contrato. Si no te opones, te adelanto dinero...

El libro finalmente salió publicado y es fuente esencial en los estudios sobre el Grupo de Barranquilla. Por ello, Heriberto Fiorillo en su libro sobre La Cueva necesitaba un paso más allá, confrontando versiones de los hechos y sobre todo analizando cada parte del vasto piélagos de datos desperdigados para encontrarles orden a las conjeturas de tiempo y espacio.

—Parece que el maestro Obregón convivía en simultánea con dos mujeres. O quizás tres— señaló con un tono de picardía en el comentario en una de esas sesiones de análisis sobre hechos y sucesos confrontando el hilo de tiempo en la investigación. O sobre algunas enigmáticas, crípticas declaraciones dadas por Cepeda Samudio en una entrevista a la periodista Lucy Nieto de Samper en la revista *Vanidades* o las referencias constantes de García Márquez a La Cueva si se había mudado de Barranquilla desde el año 1953 pero que era religiosamente visitada en cada uno de sus épicos retornos.

García Márquez nombra la cofradía en los funerales delirantes de *La Mama Grande* ocurrido en los confines de Macondo cuando se invitó, «en espera del momento supremo» algunos personajes de procedencia

barranquillera; entre ellos los mamadores de gallo de La Cueva, los camajanes de Rebolo y las bogas del Magdalena. Diría también al desgaire algunas frases célebres sobre su “sitio” en La Cueva y sobre la índole próxima de sus rutinas: «Ya decidí que lo único que me interesa son mis amigos; de nueve a tres trabajos, y el resto para emborracharme con mis amigos. Que venga el Nene Álvaro Cepeda y nos emborrachemos juntos y los demás al carajo».

Pero en su libro de memorias no hay mención especial de sus llegadas a La Cueva. Quizás por las circunstancias de que el libro de Fiorillo y el suyo tuviesen temática similar y fuesen presentados por providencial coincidencia durante el mismo año 2002. Quizás por las fechas de corte pues García Márquez solo llegó en ese primer —y único— volumen hasta el año 1955 cuando es enviado por *El Espectador* a cubrir la Conferencia de Ginebra y todos quedamos esperando —igual al cuento de Cepeda— el resto de la historia de todos modos contada sin el íntimo tono testimonial por su biógrafo inglés Gerald Martin. Total, en *Vivir para contarla* muestra en sus últimas páginas el periplo en Barranquilla el 15 de julio de 1955: «Horas después, en el taxi que me llevaba al aeropuerto de Barranquilla bajo el ingrato cielo más transparente que ningún otro en el mundo, caí en la cuenta que estaba en la avenida Veinte de Julio. Por un reflejo que ya formaba parte de mi vida desde hacía cinco años miré a la casa de Mercedes Barcha». La casa quedaba a escasa cuadra de La Cueva.

Para octubre del 2002 el libro de Fiorillo sobre La Cueva le faltaban todavía esbozos históricos, sobre todo de la época de la ciudad que le tocó vivir al grupo, un poco más de una década entre 1954 y finales de los 60. Barranquilla entonces giraba sobre el eje del Centro, de la calle San Blas, San Juan y el Paseo Bolívar. Escasamente llegaba al barrio El Porvenir y Colombia, por los lados del Estadio Municipal, el Chop Suey y el bar Los Almendros, las expansiones del barrio Arriba hacia las barriadas populares de Rebolo, Montes, Las Nieves, La Ceiba de Rondón, donde el grupo solía acudir a bares, burdeles y cabarets, los asentamientos espontáneos e invasiones de los barrios El Bosque y La Manga y las consecuentes idas a la casa de Sonia Osorio y Alejandro Obregón en los altos de Pradomar o al misterioso refugio erótico de Álvaro Cepeda Samudio sobre un risco con vista a la antigua bahía de Sabanilla.

En noviembre del 2002 el libro *La Cueva: Crónicas del Grupo de Barranquilla* de Heriberto Fiorillo entró en proceso de diseño por Santiago Mutis Durán, diagramado por Edgardo Gutiérrez Rúa, para posteriormente pasar al proceso de impresión en los talleres de Panamericana Formas e Impresos, en Bogotá. En los primeros días de diciembre llegaron las cajas en medio de alegría y regocijo pues había logrado cumplir varias metas periodísticas de forma simultánea y sobre todo de carácter editorial pues el libro; en sí mismo, intrínsecamente por sus características, era una auténtica obra de arte en donde descollaba el impresionante archivo fotográfico de Nereo López, hoy en día en custodia de la Biblioteca Nacional de Colombia en Bogotá en un fondo especial que ostenta su nombre.

El libro no tuvo una presentación formal pues las premuras del tiempo implicaban entregárselos directamente a los patrocinadores para que bien pudieran disponer de él en ese fin de año 2002. Por supuesto que el cotarro nacional periodístico, que tan bien conocía Heriberto, fue agitado por su aparición con reseñas, entrevistas sobre La Cueva y, con semejanza estropicio a cuestas, decide llegar donde Fuad Char, previa entrega de un ejemplar del libro para recordarle la promesa de la entrega del bien en calidad de comodato por 50 años para iniciar sus correspondientes labores de recuperación.

En los constantes viajes a Bogotá, durante la estadía en el aeropuerto y en los vuelos, Heriberto escribía en un cuadernillo detalles del proyecto. Un complicado crucigrama de actividades que después desbrozaba en el estudio de su apartamento con un meticuloso diseño de planeación de la nueva Cueva para salir, otra vez, apelando al método del músico callejero, a pasar el sombrero entre sus amigos para incorporarlos a la naciente Fundación La Cueva y de ese modo iniciar los trabajos de diseño arquitectónico y construcción. En un reportaje de Heriberto Fiorillo publicado en el diario *El Tiempo* el 22 de agosto de 2004 expone costos e implicaciones del proyecto: «Cuando abra este, su bar restaurante y centro cultural, la Fundación La Cueva deberá multiplicar sus gestiones. Mil millones de pesos ha invertido hasta hoy la empresa privada en este proyecto que incluye programación cultural permanente, página en internet, hora radial semanal, un tabloide bimestral y varios libros al año». Que después sería acrecentado por el Carnaval Internacional de las Artes, el concurso anual de cuentos, el proyecto La Cueva por Colombia y constituirse en uno de los epicentros turísticos de la ciudad.

El sábado 28 de agosto de 2004 fue el día del renacimiento de La Cueva con un variado programa cultural iniciado desde horas de la mañana con autoridades locales y nacionales. Otra vez en sus paredes las fotografías de las peripecias vitales de sus integrantes que haría exclamar a García Márquez, años después, cuando llega de visita a un almuerzo: «pero todos han fallecido!». Un gentío recorriendo el proyecto descubriendo un pasado que parecía irremediamente perdido recuperado gracias a la tenacidad de Heriberto Fiorillo que asombrado de su hazaña atinó a decir a algunos amigos agrupados en torno a la barra, en tono de absoluta confesión, mirando con sigilo hacia todos lados en medio de la formidable barahúnda y gentío:

—Esto será solo por unos cuantos años. Después me dedicó otra vez a lo mío. Seguir en la escritura y dirigir la película *Garabato* sobre Figurita Rivera.

Que va. No le alcanzó el tiempo. La Cueva fue una obsesión cultural para el resto de su vida.

El presente libro es un tributo, una ofrenda a la memoria de Heriberto Fiorillo, una figura insustituible en el panorama cultural de Barranquilla. Fiorillo, cuyo nombre es sinónimo de pasión por las letras y la cultura, dedicó su vida a enriquecer el patrimonio artístico de esta tierra caribeña. Fue un narrador de historias, un maestro de la crónica, y un incansable promotor de la expresión artística en todas sus formas. Su legado perdura en cada palabra que escribió, en cada idea que compartió y en cada evento que lideró.

En este libro, no solo celebramos la vida y obra de Heriberto Fiorillo, sino que también rendimos homenaje a su legado a través de cuatro crónicas excepcionales, escritas por autores locales que han sido reconocidos y galardonados por el Portafolio Distrital de Estímulos del Distrito de Barranquilla. Estas crónicas son la manifestación más sincera y profunda del impacto de Fiorillo en la comunidad artística de la ciudad.

CONVOCATORIA - 2023

PORTAFOLIO DE ESTÍMULOS

DEL DISTRITO DE BARRANQUILLA



ALCALDÍA DE **BARRANQUILLA**